



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

76-2-8-15.

23 48-2-19-22

Fo
910
(41)

Importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo.—
Juicio de los historiadores y teólogos sobre las con-
diciones morales de los indios.—Carácter especial de
la conquista verificada por los españoles.

BIBLIOTHECA COMPLUTENSIS

531631504



DISCURSO

LEIDO

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA

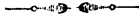
DE

Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras,

POR

D. SANTOS SANTAMARÍA DEL POZO,

Catedrático del Instituto de Santiago.



MADRID.—1867.

Imprenta de Santos Larxé,

Flor Baja, núm. 26.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5316091504

Ilustrísimo Señor:

Uno de los periodos de más gloria que registran los anales de nuestra patria es el de la monarquía de los Reyes Católicos, Don Fernando V de Aragon y Doña Isabel I de Castilla. En ese inmortal reinado España pasa de la más triste decadencia al más sólido engrandecimiento. Roto el valladar que durante siglos habia mantenido independientes los estados regidos por el cetro de Leovigildo y Suintila, échanse los cimientos de la unidad política: colocado en los muros de la ciudad de los Zegríes y Abencerrajes el signo de nuestra redencion, se robustece la unidad religiosa; y la unidad social progresa maravillosamente, heridos de muerte irritantes privilegios, injustos por serlo, y mucho más aún por lo opresivos que eran para los pueblos y los reyes mismos. Fomentando el cultivo de las cien-

cias y las artes, débese quizá en primer término á los Reyes Católicos el esplendor, sin ejemplo, que nuestras letras alcanzaron en la décimasexta y décimasétima centurias: protegiendo la industria y el comercio, alentando todas las grandes ideas y abriendo ancho camino al genio, á ellos es deudora la historia de nuestro país de ese carácter de universalidad que desde entonces adquiere; la Europa de un nuevo mundo que habrá de explotar más en su provecho que los mismos descubridores, y la humanidad de todas las beneficiosas consecuencias que semejante hecho fué llamado á producir.

En la imposibilidad de ocuparnos en un discurso de la índole del presente de todos esos grandes acontecimientos que llenan la monarquía de los Reyes Católicos, elegiremos el del descubrimiento de la América, y fijaremos principalmente nuestra consideracion en los puntos que abraza el tema siguiente, que es la octava de las tesis doctorales de la facultad de Filosofía y Letras: *Importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo.—Juicio de los historiadores y teólogos sobre las condiciones morales de los indios.—Carácter especial de la conquista verificada por los españoles.*

Tres partes, por consiguiente, abrazará nuestro trabajo. Nos ocuparemos en la primera del hecho del descubrimiento del Nuevo Mundo, y de su influencia en la civilización española y en la civilización universal. Examinaremos en la segunda, consultando las fuentes en cuanto nos lo permitan los medios de que podemos disponer, la idea que se formaron los historiadores y teólogos vecinos á los tiempos de la conquista, acerca de

las condiciones morales de los indios. En la tercera y última parte pasaremos revista á otros hechos análogos, precisando con cuanta exactitud nos sea dable el carácter de la conquista realizada por los españoles en América, para distinguirla de las llevadas á cabo en épocas diferentes por los demás pueblos.

I.

La importancia de un hecho responde generalmente á las causas que le prepararon, y á los efectos que haya producido en la civilización. El descubrimiento de la América, atendidos los hechos que le precedieron, considerados por algunos como sus verdaderas causas, y las consecuencias que de él se siguieron, ya inmediata, ya remotamente, es de tal manera importante, que á no dudarlo contribuyó en primer término á hacer del siglo XV un siglo de transición de la edad media á la moderna, por los grandes problemas que hubo de provocar, y en parte resolver, por lo mucho que ensanchó los límites de las ciencias y las artes, y por la nueva vida que trajo á la Historia.

Llámase por excelencia el siglo XV, el siglo de los grandes descubrimientos. Bien merece tan glorioso dictado la centuria, que aplicando en grande escala el invento de Bertoldo Schwuarz y organizando, merced á esto, los ejércitos permanentes, hirió de muerte la caballería y declaró una guerra de exterminio al espíritu feudal de la edad media, que cifraba toda su gloria en el diestro manejo del arma blanca y ostentaba riquísimas

colecciones de esta clase en los históricos *armarios*, parte la más atendida del vetusto castillo señorial. Bien merece tan glorioso dictado el siglo de las postas y correos; el que popularizó la instruccion, haciendo patrimonio de todos el saber de la antigüedad y de los tiempos modernos (1) con el maravilloso invento de Guttenberg, y supo aprovechar todas las ventajas que la navegacion se prometia del astrolabio y de la brújula, y resolvió el problema de llegar por el Atlántico á las Indias orientales, y ofreció al mundo antiguo un nuevo y riquísimo continente.

Fácilmente se echa de ver la influencia de la mayor parte de los acontecimientos, que á grandes rasgos acabamos de reseñar, en el descubrimiento de la América. A fin, pues, de comprender en todo su valor este trascendentalísimo hecho, hácese de todo punto indispensable decir algo más acerca de cada uno de ellos.

Habia sido el mar Mediterráneo, durante toda la edad antigua y media, la via por donde de unos á otros pueblos la civilizacion se comunicaba, y el teatro principal de los más grandes acontecimientos. Bañaban sus aguas las costas de la industriosa Fenicia, que debia toda su opulencia á la inmejorable situacion de sus ciu-

(1) En la estatua de Guttenberg, en Maguncia, se lee la siguiente inscripcion:

Artem quæ græcos latuit, latuitque latinis,
Germani solers extudit ingenium:
Nunc quidquid veteres sapiunt, sapiuntque recentes,
Non sibi, sed populis omnibus id sapiunt.

dades Sidon, Tiro, Aradus, Trípoli, Berito y otras. El importante papel que Rodas, Chipre y Creta desempeñaron en ambas edades, efecto fué de esa misma circunstancia. Grecia, para realizar el ideal del arte y vencer con un puñado de valientes los innumerables ejércitos de Jerjes y Darío, no se inspiró tan sólo en sus montes, en sus ríos y en sus fuentes; sino que se enardecía y poetizaba al recuerdo de los hechos gloriosos que sus mayores habían llevado á cabo en el Jonio y el Egeo, desde la expedición de los Argonautas hasta la guerra de Troya; desde Teseo hasta Ulises; desde las guerras médicas hasta las titánicas conquistas de Alejandro. Roma apenas era un punto imperceptible en la historia de la humanidad, mientras no llevó sus armas á las costas del Tirreno; y Cartago pudo desafiar al pueblo-rey, porque sus naves surcaron en todas direcciones, desde el día mismo que nació la ciudad, las aguas del *mare internum*. Al abrigo de sus innumerables puertos prosperaron las colonias griegas y romanas. ¿Hubiera sido tan codiciada presa de los conquistadores todos de la antigüedad y de los siglos medios la poética *Trinacria*, si Messina, Tauromenium, Syracusa, Lilibœum y Ponormus no hubiesen estado en el centro mismo del mar Mediterráneo? Y en la edad media, ¿á qué otra causa debieron la prosperidad de su industria y comercio, sus riquezas y vitalidad toda, Venecia y Génova; Liorna, Nápoles y Amalfi; Barcelona y Marsella?

La importancia del mar Mediterráneo fué causa y efecto á la vez de la que por el transcurso de muchos siglos tuvieron los países acostados en sus riberas:

En efecto: si hacemos abstracion del viejo Oriente, caduco antes de dar frutos sazonados de vida á los pueblos occidentales, es fácil observar que en la edad antigua, sólo los países colindantes con dicho mar tuvieron verdadera importancia histórica. Fuera de Fenicia, Cartago, Grecia, Roma y las colonias respectivas, fundadas la mayor parte en las islas y costa meridional de Macedonia y Tracia, en la occidental del Asia Menor, en la setentrional de Africa, en el oriente de España y en el mediodía de las Galias; apenas suena uno que otro pueblo, como no sea de vez en cuando, y ya muy entrada esta edad, en las guerras que sostiene para mantenerse independiente del yugo del pueblo-rey, y por lo tanto, fuera de la corriente central de la Historia.

En la edad media sucede lo propio. Los pueblos que más significacion tienen en la Historia universal, son los mismos situados en el mar Mediterráneo, esto es, el Imperio de Oriente; los países sometidos á la dominacion de los califas en Siria, Fenicia y Africa; Nápoles y Sicilia; las repúblicas y estados marítimos de la Italia media y del Norte; la España y Francia. Y cierto que no sorprenderíamos, ni todas, ni las principales causas de la no interrumpida lucha del Imperio Germánico, durante toda la edad media, para la conquista de Italia, sino por el decidido empeño de dilatar sus reducidísimas costas del Adriático.

La causa de este hecho se explica teniendo en cuenta el estado de la navegacion en aquellos tiempos. Sin el conocimiento del astrolabio y de la brújula, sin saber aprovechar las corrientes de aire contrarias, tenien-

do necesidad de orientarse de día á vista de las costas, de noche por las estrellas, era imposible que la navegacion saliese de los mares interiores, y aun estos sólo en las costas podian ser explorados; de suerte que ni los más arrojados marinos se atrevian á lanzarse al alta mar. Era consiguiente á esto la pobre construccion de las embarcaciones, ni grandes, ni seguras, ni elegantes, ni á propósito para cortar las aguas con la velocidad apetecible. De aquí la necesidad de suspender la navegacion por la noche, como tambien en los días de espesa niebla y durante las largas temporadas de las lluvias.

Por esta razon el comercio principal, en el largo trascurso de los siglos antiguos y medios, tenia que ser terrestre; y de aquí la importancia de las caravanas en los países orientales, y de las ciudades anseáticas en los pueblos todos de la Europa. Pero el comercio por tierra no podia verificarse en grande escala, mucho ménos en unos tiempos en que los medios de transporte eran tan imperfectos, y cuando el estado de aislamiento, á que se condenaban los antiguos, y el espíritu feudal de los siglos posteriores, no consentian entre pueblo y pueblo otras relaciones que las de la guerra. Si á esto se añade el estado de deplorable atraso en una época en que muy pocos sabian escribir, y que por lo mismo las operaciones de contabilidad apenas eran conocidas; si se tiene en cuenta las cargas exorbitantes que pesaban sobre toda clase de mercancías, y las vejaciones sin cuento que tenian que experimentar en su marcha de un punto á otro; si no olvidamos ade-

más el injusto cuanto irritante derecho del señor de un territorio á los bienes todos del extranjero, que en los términos de sus dominios fallecia, y el no ménos bárbaro de naufragio (1), en virtud del cual toda nave que fuese á pique en las costas, del mismo modo que los despojos del mar, eran presa del primero que los ocupaba: concluirémos sin dificultad, á qué extremo tan lamentable habia venido á parar una de las instituciones más indispensables á la vida de todo pueblo. Precisaba, pues, á todo trance, poner término á tan angustiosa situacion.

Por tierra con dificultad se habian de aliviar las ga-

(1) La porfiada lucha, sostenida por la Iglesia hasta quedar abolido este salvaje derecho, prueba dos cosas, que ya en el dia nadie se atreve á poner en duda: 1.^a, el carácter eminentemente civilizador y humanitario de la Iglesia, que desde el momento en que apareció en el mundo, echó, á título de caridad cristiana, los cimientos de muchísimas instituciones, que hoy, los no muy versados en la historia, admiran como frutos de la novísima civilización, que marcha por otra senda que por la del cristianismo trazada; 2.^a, la oposicion tenacísima que en su obra de regeneracion social encontró, más bien que en las inteligencias, en los instintos bárbaros de las razas setentrionales, y en las brutales pasiones del viejo mundo pagano; de todo lo cual triunfó al fin la Iglesia con su doctrina y ejemplos. Antes de concluir, séanos permitido recomendar sobre este y otros puntos que habremos de tocar en nuestra disertacion, la obra del célebre catedrático de derecho mercantil de la facultad de Paris, Pardessus, titulada, *Collection des lois maritimes antérieures au XVIII siecle*, 1828, 1845, 6 vol. en 4.^o, donde con tan respetable autoridad, y en vista de documentos incontestables, se confirma cuanto venimos diciendo.

velas que pesaban sobre el comercio, porque era imposible destruir en mucho tiempo las estrechas miras de una sociedad poco ilustrada, no ménos que inclinar á los hombres de la lanza y del halcon á goces más dulces y reales que los de la guerra y la caza, y á los señores de horca y cuchillo, á que renunciasen las pingües ganancias que semejantes inmorales impuestos les producian.

Forzoso era convertir las miras al comercio marítimo, y al efecto pensar en la mejora de los medios de navegacion, y por consiguiente, en dar mayor consistencia á las embarcaciones para garantizar la vida de millares de individuos y las mercancías, en las desechas borrascas, tan frecuentes sobre todo en el Golfo de Lion, en el Adriático y en el Egeo. Ayudó mucho á este propósito el carácter eminentemente especulador, tan tempranamente desarrollado, de Barcelona, Marsella, Liorna, y sobre todo de Génova y Venecia, no ménos que las cruzadas. Con esto, y con el arte de aprovechar los vientos contrarios, el comercio marítimo ofrecia ya inmensas ventajas sobre el terrestre. Sin embargo, no era posible que se detuviese en medio del camino el género de una edad de aventuras, en la que tanto más se empeñaba, cuanto más riesgos ofrecían. Pronto, en efecto, el temerario arrojo de aquellos aventureros dejaria las costas para lanzarse al alta mar, y salvando las columnas de Hércules, seguir las huellas de los imperterritos *hombres del Norte*, que en frágiles barcas de cuero desafiaban las iras del Atlántico, desde la Escandinavia hasta el Estrecho de Gibraltar, y desde aquí

hasta el Mar Negro, emprendiendo sus correrías, como piratas primero, á Inglaterra, España (1), Francia y Rusia, y como peregrinos despues á los Santos Lugares.

Todavía, por experimentado que fuese el valor del marino de aquella época, y grande el deseo de enriquecerse con el comercio, la navegacion no podia decirse que hubiese salido del Mediterráneo, ni tal habrá de suceder, mientras no se cuente con otros medios de orientarse que las costas y las estrellas. Ciertó que ya no son un secreto las vastas soledades del Océano; pero ni el Estrecho dejará todavía de llevar en las columnas que le encauzan el tan sabido lema *non plus ultra*, ni en muchos años se doblará la punta N. O. de Africa; y aun cuando esto se realice, por de pronto sólo servirá para dar á los lugares descubiertos nombres tan fatídicos como los que llevan el cabo *Non*, el de *Bojadór* y el de las *Tormentas*.

Sin embargo, estas primeras tentativas, estériles como eran, y además ocasionadas á pérdidas irrepara-

(1) Hemos visto en muchas costas de Galicia, en puntos perfectamente extratégicos, torres levantadas para la defensa del país, las cuales, segun el tiempo de que pudimos disponer para examinarlas, pueden muy bien remontarse á la época de las últimas incursiones de los normandos á España. Son muy notables las llamadas de Oeste, que hay en el rio Ulla, legua y media de Puente Cesures (Pons Cæsaris), no lejos de la antigua Iria Flaria, hoy Padron. Véanse tambien restos, bastante considerables, de otra torre que parece haber sido del mismo estilo y época, en el pequeño pueblo de Rianjo, situado en la ria del mismo nombre.

bles en vidas é intereses, significaban un inmenso adelanto en el comercio, que vislumbraba ya nuevos y vastísimos horizontes, siendo á la vez la base de los descubrimientos marítimos que desde fines del siglo XIV y principios del XV, no van á cesar de proseguirse hasta nuestros días, gracias á la aplicacion en grande escala que durante esos siglos se hace del astrolabio y de la brújula. Nada, en efecto, favoreció tanto el espíritu de expediciones marítimas, como esos, al parecer, insignificantes descubrimientos, llamados á producir una verdadera revolucion en el comercio, y aun en la Historia universal (1).

(1) Una junta de matemáticos, celebrada en Lisboa de orden del rey don Juan II (1481-1495), propuso se aplicase á la navegacion el *astrolabio*, cuyo mecanismo principal consiste en un anillo graduado de metal, de un diámetro como de quince pulgadas, suspendido de otro, fijo en la parte superior del instrumento. Por medio de los dos niveles que acompañan al *astrolabio*, colocando este en situacion conveniente, se gradúa la altura del polo y de los astros.—En cuanto á la *brújula*, por mucho tiempo se atribuyó su invencion hácia el año 1303, á Flavio Gioja, natural de Amalfi, en el reino de Nápoles; pero es una cosa hoy perfectamente demostrada, que un siglo antes era conocida en Europa la polaridad de la aguja magnética. (Tiraboschi, *Storia della Letteratura italiana*, tomo 14, páginas 173-174, edicion de Módena, 1772-1782, 13 vol. en 4.º). Es tambien indudable que los chinos conocieron la *brújula* desde muy antiguo. Así resulta del concienzudo exámen que de los libros chinos hizo el diligente orientalista Enrique Julio Klapproth, hijo del químico del mismo nombre, á ruegos del célebrimo autor del «Cosmos», Alejandro Humboldt. Es más que probable que de los chinos la recibieran los europeos, tal

Perfeccionadas las naves, dóciles hasta cierto punto, los vientos al imperio del hombre, que además con la brújula tenia en sus manos las llaves que le franqueaban los senos más recónditos del Atlántico, dos son por de pronto las consecuencias inmediatas de semejantes descubrimientos:

Primera. La decadencia de las ciudades situadas en las costas del Mediterráneo, y el engrandecimiento de las situadas en el Atlántico.

Segunda. Los descubrimientos de los portugueses en toda la costa occidental de Africa, y de un nuevo camino que por esta parte habia de conducir directamente por el mar á la India.

Lo primero se comprende fácilmente, despues de cuanto dejamos expuesto. Porque si aquellas ciudades debian gran parte de su importancia á la que por tantos siglos habia tenido el Mediterráneo, perdida la del uno, forzosamente habia de séguirse la de las otrás; así como, por análogas razones, las ciudades del Océano empiezan á prosperar desde el día mismo en que este último mar recoge la herencia del primero. Mientras desfallecen Génova, Liorna, Amalfi, Venecia y Pisa, cobran robusta y floreciente vida Operto, Lisboa, Cádiz y Sevilla. Y en la misma época brotan en Inglaterra los gérmenes de su futura grandeza y prosperidad.

vez por conducto del veneciano Marco Polo, en la relacion de cuyo viaje, recibida por sus contemporáneos, y aun durante largo tiempo despues, como una inverosímil novela, se dan noticias cada día más confirmadas por los viajeros y por la ciencia.

Este hecho explica á su vez la segunda de las consecuencias que dejamos apuntadas. En efecto, Portugal llega á ser el punto de reunion de los mejores marinos de Europa, y de los sábios que con más ardor cultivaban el estudio de la Geografia, Astronomia y Matemáticas; sosteniendo el entusiasmo de unos y otros, y alentando sus atrevidas empresas los nobles ejemplos y desprendimiento grande del infante don Enrique, no ménos que las liberalidades de don Juan I, don Alfonso V, don Juan II y don Manuel el Afortunado.

Al descubrimiento de las islas de Madera, islas tan á propósito para el cultivo de la vid y caña de azúcar, que allí maravillosamente prosperaron, no tardó en seguirse el de las Azores y de Cabo Verde, así como el de la Guinea superior, y del país que los portugueses llamaron Sierra Leona, por los muchos animales de esta clase en que abundaba. De todos estos territorios, dió el Sumo Pontífice el dominio al rey de Portugal, adjudicándole tambien el de los demás países que en adelante descubriese camino de la India. Reinando don Juan II, Bartolomé Diaz descubrió (1486) el Cabo que él denominó de las Tormentas, y el Monarca, de Buena Esperanza, porque no era ya dudoso que por esta parte se habria de llegar á la India por un camino mucho mas corto que el que seguian los venecianos y genoveses por el Istmo de Suez. Y en efecto, Vasco de Gama, doblando el Cabo, llegó á la India, dando fondo en la bahía de Calicut, el año de 1498, reinando don Manuel el Afortunado, despues de una travesía penosísima, durante la cual, arrostrando peligros sin cuento, exploró

las costas de Mozambique, Zanguebar y algunas islas del Atlántico y del Golfo Pérsico.

Como no es nuestro objeto historiar estos acontecimientos, sino en cuanto pudieron en cierto modo preparar el descubrimiento del Nuevo Mundo por los españoles, abandonamos aquí las empresas marítimas de los portugueses, para entrar de lleno en este último hecho, que sin duda ninguna constituye, dígase cuanto se quiera en contrario, una de las más inmarcesibles glorias de nuestra historia.

Estaban los Católicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, á punto de llegar al dichoso desenlace de la gran epopeya, que habiendo dado comienzo allá en la vergonzosa derrota del Guadalete, iba á terminar en los muros de Granada, en espantosa catástrofe para la causa del Islam. Tan perentorias atenciones no distraían, sin embargo, de otros intereses, no menos vitales, á los monarcas, que ya podemos llamar españoles, siendo el fomento de la marina una de las cosas á que con más ardor se consagraban.

En 1481 enviaban á la costa de Italia, para arrojar á los turcos, que se habían apoderado de Otranto, una escuadra de 50 navíos, 30 de ellos contruidos y equipados en Vizcaya, y los otros 20 en los puertos de Galicia y Andalucía (1). En 1486 confiaron el mando de otra, no menos respetable, á Melchor Maldonado, para

(1) Fernandez Navarrete, Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Tom. I. Introduccion. Madrid; imprenta real, 1825-1837, cinco tomos en 4.º

que fuese contra los turcos en socorro del rey de Nápoles, Fernando I; y en 1493 aprestaron gran número de naves para que, tomando puesto en el Estrecho, cortase toda comunicacion entre moros africanos y granadinos. Disponian una escuadra en 1496 para defender el Rosellon y Cataluña de las agresiones de Carlos VIII de Francia, y al propio tiempo armaban otra de 130 embarcaciones, grandes y pequeñas, montadas por más de 20.000 infantes y mandadas por personas de distincion, para conducir á Flandes á la infanta doña Juana cuando iba á unirse con su marido Felipe el Hermoso (1). Amenazada Venecia por el sultan Bajaceto II, los Reyes Católicos enviaron al Gran Capitan con 52 buques y 4.000 infantes de desembarco, 300 lanzas y otros tantos caballos, con cuyas fuerzas, dirigiéndose á Sicilia y de allí á las islas griegas, se apoderó de Cefalonia, que restituyó á los venecianos (2).

España, pues, habia alcanzado una envidiable prosperidad cuando regia sus destinos el genio benéfico y poderoso de Isabel y Fernando; y si bien su empeño de expulsar de la Península á los eternos enemigos de nuestra nacionalidad é independencia política y religiosa, no les habia permitido en un principio adelantarse á los portugueses en heróicas y lejanas empresas, fácil era ya adivinar que fenecida aquí la dominacion de los sectarios del Profeta, ellos utilizarian, con asombrosa sagaci-

(1) Ferreras, Sinop. hist., part. 11 y 12. Madrid, 1720-1727. 16 vol. en 4.

(2) Fernandez Navarrete, obra y lugar citados.

dad y sin igual fortuna, los gérmenes todos de desarrollos parciales, que habian de colocar muy pronto á España á la cabeza de los pueblos civilizados, arrebatando á Portugal la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo, y á Génova y Venecia la primacía del comercio marítimo, rivalizando con Italia y aun superándola á veces en el cultivo de la literatura y el arte (1). Por otra parte, las circunstancias particulares de los demás pueblos de Europa, que no les consentian emplear sus recursos en empresas de dudoso resultado, favorecia los gloriosos cuanto civilizadores destinos de la España, que iba á dar al Catolicismo innumerables almas, ántes sumidas en las tinieblas de la más degradante barbárie; á la Historia y Geografía, una multitud de pueblos; á las ciencias etnológicas, políticas y sociales, la solución más racional y humanitaria de los problemas relativos al origen y personalidad de la raza americana; á la Medicina, un campo más ancho para sus investigaciones; á la Física y á la Historia Natural, en fin, por no hacernos interminables, nuevas maravillas que estudiar en las entrañas y sobre la superficie de la tierra. No podia, en efecto, llevar á feliz término un hecho que tamaños esfuerzos exigia por parte de los gobiernos, y por parte de los individuos un valor á prueba de infortunios, privaciones y sufrimientos, tan increíbles que no caben ser comparados con los más grandes que nos relatan las historias antiguas y modernas, aquella Italia tan dividida; donde el encono de los partidos y las pequeñas y miserables pasiones de

(1) Clemencin, elogio de la Reina Católica.

la ambición más desatentada estaban á punto de aniquilar la antigua vida de sus repúblicas; ni la Francia, que del dominio despótico, avaro y cruel del infame hijo de Carlos VII, habia pasado al del aventurero y veleidoso Carlos VIII; ni Portugal, que viendo sus destinos en la costa de Africa, buscaba porvenir en el viejo y gastado Oriente, para donde le brindaba con un nuevo camino el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza (1). España, pues, era el único pueblo que estaba en buenas condiciones para acometer tan memorable empresa.

Sin embargo, el descubrimiento del Nuevo Mundo debia tropezar, como todos los grandes hechos, con obstáculos casi insuperables, tanto más, cuanto más empeñada tenia que ser la lucha entre las ideas que iba á despertar y las hasta entónces recibidas. ¿Deberemos contar como una de las causas más poderosas del descubrimiento del Nuevo Mundo estas mismas dificultades, sabiendo que ellas fueron las que más agigantaron el carácter varonil y en grado eminente heróico de la reina Isabel? Y si los contratiempos prueban las almas de gran temple, ¿deberán á ellos su fama inmortal Colon, Hernan Cortés, Vasco Nuñez de Balboa, Magallanes, Pizarro, Almagro, Albárado, Cabeza de Vaca y otros mil?

Calado el yelmo y ceñida la espada, Isabel I iba á poner cerco á la ciudad de Ronda, cuando en 1484 se le presenta un hombre oscuro, proponiéndole un proyecto, que ya en Portugal, Génova, Francia é Inglaterra habia sido considerado por los respectivos gobiernos y

(1) César Cantú, *Historia universal*, época 14, cap. IV.

por los sábios, como parto de una imaginacion extraviada. Ese hombre era Colon, y el proyecto que embargaba su mente, el descubrimiento de un camino á la India, en direccion de Occidente, mucho más corto que el que se proponian seguir los portugueses, costean-do el Africa.

Habia nacido Cristóbal Colon, segun todas las probabilidades, en Génova, entre los años de 1436 y 1441 (1). Despues de haber estudiado todos los ramos de las ciencias exactas y adquirido extensos y profundos conocimientos de Geometría, Geografia, Astro-nomía y Cosmografia, dedicóse en edad muy temprana todavia, á la navegacion, sirviendo en una profesion tan honrosa y lucrativa en su tiempo, al gobierno de Gé-nova primero, y despues al de Portugal. Su impertur-bable serenidad le acreditó bien pronto de valiente ma-rino, muy á propósito para arrostrar los inmensos peli-gros de una larga navegacion por mares tormentosos y

(1) Sobre el pueblo de la naturaleza de Colon y el año de su nacimiento, hay gran desacuerdo entre los historiadores. Lo más probable es lo que en el texto decimos. Llama mucho nuestra atencion el silencio, indudablemente calculado, de su hijo Fernando Colon, historiador, por otra parte, que nada deja que desear en la *Vida del Almirante*, sobre la patria y familia del célebre descubridor del Nuevo Mundo y sobre el año en que nació. Nadie mejor que él pudo haber evitado las dudas suscitadas sobre estos puntos, y las innumerables diser-taciones, tan vanas como llenas de erudicion pretenciosa é in-digesta, que César Cantú (*Historia Universal*, época XIV, tomo 4.º, cap. IV, en nota), deseaba que por decoro de las le-ras nadie leyese.

desconocidos, mientras que el genio analítico y de observación de que estaba dotado supo aprovechar hasta los más insignificantes incidentes de sus multiplicados viajes, concordándolos con las teorías que en los libros él había aprendido.

Era ya doctrina corriente en aquel tiempo la figura esférica de la tierra, y por consiguiente, la existencia de los antípodas. Ptolomeo había sentado que nuestro planeta estaba dividido en veinticuatro horas, cada una de las cuales se componía de quince grados, sumando en totalidad trescientos sesenta. Marchando de Occidente á Oriente, desde el Estrecho de Gibraltar, habíanse recorrido ya doscientos cuarenta grados, ó sea diez y seis horas; de suerte que solo faltaba por explorar un tercio de la tierra. Luego si esta era de figura esférica, y sin llegar todavía á aquella maravillosa Cipango y riquísima Catay, con tan fantásticos colores por Marco Polo descritos, se habían recorrido ya las dos terceras partes de nuestro globo; era muy posible, ó más bien ciertísimo para Colón, que debía encontrarse un camino mucho más corto que el que los portugueses trataban de descubrir, si se marchaba de Oriente á Occidente. Admitidas las premisas, el argumento era perfectísimamente lógico.

En apoyo de estas teorías, que él había aprendido en las escuelas, y en las cuales se había afirmado más y más con la lectura de los clásicos de la antigüedad y de los sábios de la edad media (1), llamaba la propia expe-

(1) Véase en el tomo primero de la citada obra de Fernan-

riencia adquirida en sus largos viajes marítimos, sin des-
deñarse tampoco de oír las observaciones de los otros,
desde el más consumado piloto, hasta el último gru-
mete.

El entusiasmo que en aquella generacion produje-
ron los descubrimientos de los portugueses; las relacio-
nes de algunos marinos, que decian haber visto en el
mar aves y plantas desconocidas; las tradiciones vagas
que de resultas de todo esto se renovaban acerca de la
Atlántida de Platon y otros paises ignorados; y por úl-
timo, la sábia correspondencia que tenia con uno de los
hombres de ciencia más notables de la época, Pablo
Toscanelli (1), afirmaron más y más á Cristobal Co-

dez Navarrete, *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hi-
cieron los españoles desde fines del siglo XV*, la carta de Colon á
los Reyes Católicos, en la cual, con gran copia de erudicion,
cita en apoyo de sus teorías pasajes de las obras de Ctesias,
Aristóteles, Nearco, Strabon, Máximo de Tiro, Séneca, C. Ju-
lio Solino, Averroes, Juan de Mandeville, etc., etc., procuran-
do al propio tiempo concertar con esas mismas teorías las sen-
tencias de la escritura y opiniones de los padres de la Iglesia.
Fernando Colon, en su *Vida del Almirante*, resúme, con admi-
rable precision, cuantas razones inclinaban á su padre á creer
que pronto se encontrarían tierras, marchando hácia el Occi-
dente por el Atlántico.

(1) Véase esa correspondencia en Navarrete, *Coleccion di-
plomática*, núm. 1.º Háse querido arrebatar á Cristóbal Colon
la gloria de haber sido el primer descubridor de América, pon-
derando hasta la exageracion las noticias que sobre el particu-
lar afirman le comunicaron los portugueses, los escandinavos, á
cuyo país el célebre Genovés habia hecho tambien su viaje, y
por último, hasta los mismos españoles, que ya desde fines del

lon en sus convicciones. En su consecuencia, propuso su pensamiento al rey D. Juan II de Portugal, que le hizo examinar á una comision de sábios, entre los que figu-

— siglo XIV mostraban irresistible afan por nuevos descubrimientos, distinguiéndose los navieros y pilotos de Sevilla y Cadiz, y más aún los de Palos, Huelva y Lepe. Con este propósito se inventaron algunas fábulas absurdas. Entre otras, tomaron acta los historiadores más notables de la época de la relativa á un Alonso Sanchez, natural de Huelva. Era piloto, y habiendo sido arrojado por una tormenta á la isla de Santo Domingo, una de las Antillas, mientras hacia el viaje á Canarias, habria comunicado á Colon este hecho á su regreso á la isla Tercera. Por absurdo que el cuento parezca, hizose eco de él primero el inca Garcilaso de la Vega (Comentarios reales, lib. 1.º, cap. 13, Lisboa, 1609-1616—2 vol. folio), que dice haber oido á su padre la relacion del hecho. Del inca le copiaron, sin discernimiento, Alderete (Varias antigüedades de España, lib. 4.º, capítulo 17, pág. 567), Rodrigo Caro (Antigüedades, lib. 3.º, capítulo 76, fol. 207 vto.), D. Juan de Solorzano Pereira (*Indiarum jure*, tom. I, lib. 1.º, cap. 5.º), D. Fernando Pizarro (Varones ilustres del Nuevo Mundo, cap. 2.º), Francisco Lopez de Gómara (Historia general de las Indias, tomo 22 de la edicion de Autores españoles de Rivadeneira, pág. 165, columna 1.ª), y el P. Acosta (Historia natural de las Indias, lib. 1.º, cap. 19), que cuentan el hecho sin citar el nombre del piloto que ántes de Colon llegó á la Española. Gonzalo Fernandez de Oviedo (Primera Parte de la Historia Natural y General de las Indias, islas e tierra firme del mar Océano, lib. 2.º, cap. 2.º, Sevilla, 1 vol. en folio), niega el hecho. Fray Bartolomé de las Casas (Hist. Gen. de las Indias, lib. 1.º, cap. 13 y 14), refiriéndose á un libro de memorias del Almirante, que no ha llegado hasta nosotros, cuenta el hecho con nombres y circunstancias distintas, y añade que los de la Española dijeron á los primeros descubridores haber visto, poco ántes que á ellos, á otros

raba el alemán Martin Behaim, de Nuremberg, en Baviera. Los sábios calificaron á Colon de loco presuntuoso, y su proyecto de descabellado. Hizo despues

hombres, tambien blancos y barbados.—Por otra parte, en las *Memorias de la Sociedad de Anticuarios del Norte*, establecida en Copenhague, se trata de adjudicar á los escandinavos la gloria del descubrimiento de América.—Véase tambien sobre este punto la obra de Forster.—Nosotros, que sobre el particular nos hemos extendido más, tal vez, de lo que la naturaleza de nuestro discurso consiente, poco tendríamos que hacer para reivindicar en favor de Colon toda, absolutamente toda la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo. ¿Cómo se explica si no la universal desconfianza con que se recibieron los proyectos de Colon, y la nota, que sobre él recayó, de loco y visionario? ¿Cómo la negativa de los gobiernos á que acudió en demanda de proteccion para acabar su empresa? ¿Cómo la oposicion sistemática de la mayor parte de los sábios de la época, fundada en los principios de la ciencia hasta entonces recibidos, y aún en las doctrinas reveladas? ¿Cómo la admiracion universal que produjo la noticia del resultado del primer viaje de Colon, y el entusiasmo que inspiró á todas las clases de la sociedad? ¿Cómo los elogios, de que á porfia colmaron al afortunado Marino, todos los hombres sábios, desde Martir de Angleria, hasta Pomponio Leto? ¿Cómo, en fin, el solemne testimonio de los Reyes Católicos, que no cesaban de repetirle en cartas, instrucciones y reales cédulas, que «una de las principales cosas porque esto (el descubrimiento) nos ha placido tanto, es por ser *inventada, principiada é habida* por vuestra mano, trabajo é industria?» (Carta de los Reyes Católicos al Almirante, en 16 de Agosto de 1494).—Véase la coleccion diplomática de Navarrete, y en toda ella se encontrarán textos tanto ó más significativos que el anterior. En el Memorial que para los Reyes Católicos dió el Almirante en la ciudad de Isabela, á 30 de Enero de 1494, á Antonio de Torres, sobre el su-

proposiciones á Génova, Venecia é Inglaterra; pero no obtuvo mejores resultados. Por fin se dirigió á España, y descorazonado con las anteriores negativas, y lleno de angustias, al presentir que sus proyectos habrían de quedar estériles, y casi desesperado al ver que el génio se calificaba de locura, la ciencia de aberracion y delirio; hambriento, casi haraposo, con el rostro y la frente surcada de arrugas, cuando apenas podría frisar en los 40 años, llega á las puertas del convento de Santa María de la Rábida pidiendo un pedazo de pan para sí y su hijo Diego, y albergue donde dar descanso á sus fatigados miembros. Y allí, en aquel retiro, donde apenas se vivía para otra cosa que para el estudio y la oracion, encontró lo que en vano había buscado por mucho tiempo en las córtes de los Reyes, y en las aparatosas Academias de los sábios: humildes religiosos, que comprendieron en todo su valor el potentísimo pensamiento del génio.

Fray Juan Perez de Marchena, prior de la comunidad, alcanzando, con rara penetracion, toda la trascendencia de su pensamiento, recomendóle eficazmente al confesor de Isabel, fray Fernando de Talavera. Presentado Colon á los Reyes, estos le oyeron con extraordina-

ceso de su segundo viaje á las Indias, los monarcas van contestando á cada capítulo, y al hacerlo al segundo, dicen: «Sus Altezas dan muchas gracias á Dios por esto, y tienen en muy señalado servicio al Almirante todo lo que en esto ha fecho, y face, y porque conoce, que despues de Dios, á él son en cargo de todo lo que en esto han habido, y hoberén; y porque acerca desto le escriben más largo, á su carta se remiten.»

rio interés, y nombraron, para que examinara sus proyectos, una comision de teólogos y sábios profesores de la universidad de Salamanca, que en gran parte, sobre todo los dominicos, se declararon en su favor (1). Los Reyes, sin embargo, ocupada toda su atencion en los sitios de Ronda, Loja, Velez Málaga, Málaga, y última-

(1) Con soberana injusticia se acusa á los sábios de Salamanca de ignorantes, fanáticos y supersticiosos. Prescindiendo de que, si el fallo unánime de aquella asamblea hubiera condenado, como absurdo, el pensamiento de Colon, no por eso sus individuos merecerian más acre censura que la que recayó sobre Behain, á quien la posteridad no niega el dictado de sábio eminente, y sobre todos los individuos de comisiones análogas de diferentes países, que tan duramente calificaron las ideas del descubridor del Nuevo Mundo: es cosa probada, que muchos de los sábios de la célebre universidad de Salamanca encontraron muy razonables los proyectos de Colon, y que, como tales, los recomendaron á los Reyes para que le facilitaran los medios de realizarlos, por lo mucho que habian de redundar en pró de la Religion Católica, y del engrandecimiento de la Monarquía. Tanto esto es así, que el mismo Colon, escribiendo á los Reyes, les dijo: «que sus Altezas poseian las Indias, gracias á Diego de Deza.» Pues bien: Diego de Deza era profesor de Teología de Salamanca, y uno de los individuos nombrados para calificar el pensamiento de Colon. Recordamos haber leído en uno de los últimos discursos de la Academia de la Historia, la vindicacion de aquellos beneméritos profesores. Y cuenta, que no desconecemos la oposicion que en el seno mismo de aquella asamblea se suscitó contra el célebre Marino. Pero los hombres de ciencia del siglo XV, ¿podian discurrir con tan seguro criterio sobre Geografía, como los sábios del siglo XIX, despues de tres centurias de no interrumpida experiencia, con tanto ardor proseguidas, desde la época del renacimiento científico, filosófico y artístico?

mente de Granada, sin dar una absoluta negativa á Colon, aplazaron los auxilios que de ellos imploraba. Triste con semejante aplazamiento, vuelve otra vez á la Rábida, resuelto á dar el último adios á aquella humilde y sábia comunidad, que tanto se habia interesado en el buen éxito de su empresa, y tambien á España, que ocupada en concluir la guerra gloriosa de siete siglos, parecia despreciar la coyuntura que se le ofrecia de llegar á ser el primero de todos los pueblos del mundo. Los buenos religiosos pudieron recabar de él que esperase á mejor ocasion, que la Providencia no tardaria en deparar; y en su consecuencia, en compañía de Marchena volvió á los reales de Isabel y de Fernando, que los tenia ahora en la improvisada ciudad de Santa Fé. Todavía hubo de esperar el asendreado Marino á que ondease el estandarte de la Cruz en los muros de Granada. Rendida la ciudad, ya los Reyes pudieron oírle con todo el detenimiento que pedian sus planes, y convencidos de la grande importancia de ellos y de lo racional de los fundamentos en que se apoyaban, cosas ambas que supo esforzar maravillosamente fray Juan Perez, Fernando é Isabel se declararon decididos protectores de Colon, que en 17 de Abril tuvo la inmensa satisfaccion de ver firmadas las siguientes:

Capitulaciones entre los señores Reyes Católicos y Cristóbal Colon (1).

(2) Fernandez Navarrete, *Colec. diplom.*, núm. 5. Testimonio auténtico, existente en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Veraguas. Registrado en el sello de Corte, en Simancas.

Las cosas suplicadas, é que Vuestras Altezas dan y otorgan á D. Cristóbal Colon, en alguna satisfaccion de lo que ha de descubrir en las mares Océanas, y del viaje, que agora, con el ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las siguientes:

Primeramente: que Vuestras Altezas, como señores que son de las dichas mares Océanas, fagan desde agora al dicho D. Cristóbal Colon, su Almirante en todas aquellas islas é tierras-firmes, que por su mano ó industria se descubrieren ó ganaren en las dichas mares Océanas, para durante su vida, y despues dél muerto á sus herederos é sucesores de uno en otro perpétuamente, con todas aquellas preeminencias é prerogativas pertenecientes al tal oficio, é segund que D. Alonso Henriquez, vuestro Almirante mayor de Castilla, é los otros predecesores en el dicho oficio lo tenian en sus distritos.

Place á sus Atezas.—Juan de Coloma.

Otrosi: que Vuestras Altezas facen al dicho don Cristóbal Colon su Visorey y Gobernador general en todas las dichas islas y tierras-firmes, que como dicho es, él descubriere ó ganare en las dichas mares; é que para el regimiento de cada una y qualquier dellas faga él eleccion de las tres personas para cada oficio: é que vuestras Altezas tomen y escojan uno, el que más fuere su servicio, é así serán mejor regidas las tierras, que nuestro Señor le dejará fallar é ganar á servicio de Vuestras Altezas.

Place á sus Altezas.—Juan de Coloma.

Item: que todas é qualesquier mercadurias, siquier

sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especería, é otras cualesquier cosas é mercaderías de cualquier especie, nombre é manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren é hobieren dentro de los límites del dicho Almirantazgo, que desde agora Vuestras Altezas facen merced al dicho D. Cristóbal y quieren que haya y lleve para sí la decena parte de todo ello, quitadas las costas todas que se ficiere en ello. Por manera que de lo que quedare limpio é libre haya é tome la decena parte para sí mismo, é faga della á su voluntad, quedando las otras nueve partes para Vuestras Altezas.

Place á sus Altezas:—Juan de Coloma.

Otrosí: que si á causa de las mercaderías que él traerá de las dichas islas y tierras, que así como dicho es, se ganaren é descubrieren, ó de las que en trueque de aquellas se tomarán acá de otros mercadores, naciere pleito alguno en el lugar donde el dicho comercio se terná é fará: que si por la préeminencia de su oficio de Almirante le pertenecerá cognoscer de tal pleito, plegue á Vuestras Altezas que él ó su teniente, y no otro juez, cognosca de tal pleito, é así lo provean desde agora.

Place á sus Altezas, si pertenece al dicho oficio de Almirante, segun que lo tenia el dicho Almirante Don Alonso Henriquez, y los otros sus antecesores en sus distritos, y siendo justo.—Juan de Coloma.

Item: que en todos los navíos que se armaren para el dicho trato é negociacion, cada, y quando é quantas veces se armaren, que pueda el dicho D. Cristóbal Colon, si quisiere, contribuir é pagar la ochena parte de todo

lo que se gastare en el armazon; é que tambien haya é lleve el provecho de la ochena parte de lo que resultase de tal armada.

Place á sus Altezas.—Juan de Coloma.

Son otorgados é despachados con las respuestas de Vuestras Altezas en fin de cada un capítulo, en la villa de Santa Fé de la Vega de Granada, á 17 de Abril del año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil é cuatrocientos é noventa y dos años.—*Yo el Rey.*—*Yo la Reyna.*—Por mandado del Rey é de la Reyna.—Juan de Coloma.—Registrada.—Calcena. »

Deseando ardientemente los Reyes Católicos, y principalmente Isabel, que ya ni un solo instante retiró su amparo á Colon, á despecho de las calumnias y la maledicencia que la envidia suscitó contra el afortunado genovés, conciliar las necesidades de una tan costosa empresa con los ahogos del erario; mandaron aprestar en el pequeño puerto de Palos, en Andalucía, tres carabelas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. No eran ciertamente esas embarcaciones excesiva garantía contra las borrascas de un mar proceloso, y no explorado; ni la gente, grosera y sin instruccion en su mayor parte, que á tan temeraria expedicion se asociaba, capaz de entusiasmarse ante los arranques del genio. Pero nos duele ver de qué modo, por obedecer á bajas pasiones, háse falseado la verdad de los hechos, exagerando hasta la hipérbole las malas condiciones de barcos y marineros, más á propósito para sepultar los pensamientos de Colon en los abismos del Océano, que para dar á la sorprendida Europa un mundo de maravillas y de in-

descriptibles encantos. En el prólogo del Diario que el Almirante empezó á redactar desde el primer día de su navegacion, se leen (1) las siguientes palabras: «Sobre las carabelas... vine á la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navios muy aptos para semejante fecho, y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, etc., etc.» ¿Qué testimonio podrá alegarse en contra de tan indisputable autoridad?

Zarpó de dicho puerto de Palos esa pequeña escuadra de la fortuna, el viernes 3 de Agosto de 1492, antes de salir el sol. Seria difícil describir la ansiedad indefinible de Colon al ver trascurrir días y días sin dar vista á aquella maravillosa Cipango, sobre cuya existencia, á poco de internarse en el Atlántico, habia hablado con la seguridad de un profeta. Nos remitimos en esta parte á su Diario, «admirable revelacion de los padecimientos y de la grandeza de alma de este hombre incomparable, y de las inexplicables alegrías y desoladores abandonos, por los que alternativamente pasan los que llevan á cabo las grandes empresas (2).» Al fin,

(1) Navarrete, *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, tomo I, pág. 1.^a, y siguientes. El Diario del Almirante no ha llegado íntegro hasta nosotros. Fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia general de las Indias*, trae de él un extracto bastante completo, en el que se leen, escritos por el mismo Colon, largos é interesantísimos trozos, de los cuales más de una vez hemos de aprovecharnos en el curso de nuestro trabajo.

(2) Cantú, *Historia Universal*, época XIV, cap. IV.

despues de ilusiones sin cuento, descubrieron tierra; y tierra tierra repitieron todos con indescriptible transporte.

El 12 de Octubre llegaron á una de las islas Lucayas ó de Bahama, á la que su agradecida piedad dió el nombre de San Salvador (1). De la siguiente manera describe lo que desde luego él, ó alguno de sus compañeros acertó á ver en la isla: «Esta isla es bien grande y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla (2).» Dió el nombre de Fernandina é Isabela, en honor de los Reyes Católicos, á las dos islas que descubrió el 16 y 22 de Octubre; y el de Juana, en honor del príncipe D. Juan, á la que despues se llamó Cuba, que era como la llamaban los naturales. Llegó á esta isla el 1.º de Noviembre, y creyó ver en ella la Cipango de Marco Polo, al observar la exuberante vegetacion, y las aves de infinitos matices, que poblaban sus espesos bosques. «Es, dice el Almirante en un transporte de alegría (3), la más hermosa isla que jamás vieron los ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos rios; no sé salir de ella... Podria vivir en ella

(1) Navarrete, en una nota que pone al Diario, correspondiente al 12 de Octubre, cree que esa isla no es la que actualmente lleva el nombre de San Salvador, sino la isla del Turco. Del mismo sentir fué Gibbs.

(2) Diario, sábado 13 de Octubre; Navarrete, *Coleccion de viajes, etc.*, tomo I, pág. 23.

(3) Diario, jueves 1.º de Noviembre.

eternamente.» Despues de haber tomado posesion de esta, como de las anteriores islas, en nombre de los Monarcas españoles, siguió explorando las demás. Creció su entusiasmo cuando arribó á la de Haití, á que llamó isla Española. El Almirante no encuentra términos para ponderar la bondad, así de la isla, como de sus moradores, «que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente, y la tierra en tanta cantidad, que yo no sé ya como lo escriba, porque yo he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, á que ellos llaman Cuba; mas hay tanta diferencia dellos y della á esta en todo, como del dia á la noche; ni creo que otro alguno, que esto hubiese visto, hubiese hecho, ni dijese ménos de lo que yo tengo dicho, y digo que es verdad, que es maravilla las cosas de acá, y los pueblos grandes de esta isla Española, que así la llamé, y ellos la llaman Bohío (1).» La conducta de Colon, y la que queria que indefectiblemente observasen los suyos con los pobres isleños, en su mayor parte de sencilla ingenuidad, y desprendidos como aquellos que apenas conocen el valor de las cosas, y á quienes todo estorba, mientras la necesidad no aprieta; la describe él mismo en muchos pasajes de su diario. Lo primero, generalmente, era tomar posesion del pais en nombre de S. M. Despues con simples bujerías, y enseñando las armas, y disparando algunos tiros de arcabuz, excitaban la admiracion de los naturales, admiracion respetuosa, y que Colon procu-

(6) Diario, lunes 24 de Diciembre. Navarrete, obra citada, tomo I, pág. 109.

raba que fuese no repulsiva, sino mezclada de cariño y agradecimiento, en vista del porte moderado de los españoles, y de los agasajos y amabilidad con que pensaban atraerlos. «Yo, dice el Almirante (1), porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y convertiria á nuestra Santa Fé con amor que no por fuerza, les di á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio, que se ponian al pescuezo, y otras muchas cosas de poco valor; con que hobieron mucho placer, y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales despues venian á los barcos de los navíos, adonde nos estábamos, nadando, y nos traian papagayos, y hilo de algodón en ovillos, y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuenteoillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban, y daban de aquello que tenian, en buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo.»

Y efectivamente, en vano Colon buscaba ciudades ricas y pobladas, naciones cultas y de floreciente civilizacion, montes y rios de oro, con que habia prometido vencer todas las dificultades, que á su empresa se habian opuesto, y se opondrian aún, si el cebo de las riquezas no interesaba al gobierno y á los particulares en la prosecucion de los primeros descubrimientos. Al Almirante, sin embargo, le consolaba la esperanza de encontrar pronto aquellas riquezas y aquella civiliza-

(1) Diario, jueves 11 de Octubre. Navarrete, Viajes, tomo I, pág. 21.

eion, que habia soñado, convirtiéndolas allá en su fantasía en realidad; y si veía á algunos indios con cicatrices y heridas no cerradas aún, bastaba para que él tradujera las señas, que sobre el particular le hacian, como indicios de que «aquí vienen de tierra firme á tomallos por captivos (1),» donde sin duda se prometia encontrar cuantas maravillas en su imaginacion se habia forjado. Con todo, aquella tierra firme no parecia, ni tampoco pudo hallar el oro, que por señas le decian los indios existir con abundancia en el Mediodia y el Oriente (2).

No por eso Cristóbal Colon se desalentaba, y calumnian torpemente al insigne Marino, y á los nobles y generosos conquistadores españoles, los que dicen que el único móvil que los guiaba á todos, era su sordida avaricia y el insaciable deseo de enriquecerse. Alegrábanse, es cierto, ¿y cómo no? de encontrar oro, plata, perlas y piedras preciosas: ¿No habian de regojarse, si sabian el valor que todas esas cosas tienen en los pueblos civilizados? (3). Sin embargo, es preciso

(1) Diario, jueves 11 de Octubre.

(2) En la última parte de nuestro discurso nos ocuparemos con toda la extension que la tesis pide, de la conducta de Colon y los suyos, así como de los sucesivos conquistadores, en punto á civilizar á los indios, y convertirlos al cristianismo.

(3) A los que prodigan á nuestros padres la nota de *ladrones*, porque en cambio de cascabeles y tijeras recibian el oro, que á porfía les daban los indios, sólo les contestaremos que, en buena economía, la opinion es la única que fija el precio al oro y á las cuentas de vidrio.

no haber leído otra cosa que las superficiales producciones, novelas con traje de historia, parto digno de los que por servir á bastardos intereses se constituyen en calumniadores de oficio, para decir, cual se dice con imperturbable serenidad, que lo único, que como riqueza miraban los españoles, era el oro. ¿No acabamos de ver el entusiasmo de Colon, al describir las riquezas naturales de aquellas islas, sus bosques, sus montañas, sus rios, sus lagos, sus plantas y demás producciones? Si de buena fé se escribiese, como lo pide la honradez del que de historiador se precia, ¿compilaríanse esos centones indigestos, inventados por los eternos enemigos de nuestra patria y de sus glorias, despues de leidas las instrucciones de los soberanos á sus vireyes y gobernadores, y las relaciones de los primeros hombres de la conquista, tales como las del mismo Colon, Cortés, Américo Vespucio, Pizarro, Andagoya, Albarado, Oviedo, Alvar Nuñez, Cabeza de Vaca, Hernan Perez del Castillo, Pedro de Cieza y otros muchos? ¿Ceden en interés y colorido á las descripciones que esos historiadores hacen de las riquezas de Motezuma y de los Incas, aquellas otras en que pintan la gigantesca vejetaion del Nuevo Continente, sus nuevas condiciones agrícolas, y las costumbres y modo de ser de sus moradores? Pero nos olvidamos de que de todo esto habrémos de ocuparnos con la debida extension y con testimonios irrecusables (1).

No todo eran satisfacciones para Colon. El dia 21

(1) Véase la tercera parte de nuestro discurso.

de Noviembre, Martin Alonso Pinzon, que tanto habia contribuido en Palos á aquietar el tumulto, que estuvo á punto de estallar entre los marineros que no querian acompañar á Colon en su arriesgada empresa, desertó con su nave, que era la caravela *Pinta*. Despues de dar cuenta del hecho, añade el Almirante con amarga y sentida frase: «Otras muchas cosas me tienen hecho y dicho (1).» Este contratiempo precipitó su regreso á España, emprendiéndole despues de haber levantado el pequeño fuerte de la *Navidad* en la Española, y dejado allí una pequeña guarnicion de 59 hombres, para no interrumpir el dominio de los Reyes en aquellos paises, y despues tambien de haber reconocido á la ligera las islas de Puerto Rico, las Virgenes y las Caribes (2). Traia consigo muestras preciosas de las más raras y útiles producciones de aquellas islas, papagayos y otras aves, y tambien algunos indios, para que en la Península aprendiesen el castellano y los rudimentos de nuestra augusta Religion. Con esto SS. MM. y los españoles todos podrian conocer aproximadamente el contenido y precio de aquellos paises, que dentro de poco habrian de constituir el más rico floron de la Corona de Castilla. Una deshecha tempestad mantuvo á Colon por espacio de quince dias en la más terrible agonía, viéndose vecino á una muerte segura, sin haber

(1) Diario, miércoles 21 de Noviembre. Navarrete, Viajes, tomo I, pág. 62.

(2) Diario, domingo 13 de Enero. Navarrete, Viajes, tomo I, pág. 62.

podido justificar sus cálculos, cuando ya eran una realidad los sueños de su vida y estaba á punto de desmentir, de una manera la más incontestable, la nota de temerario, visionario y loco, que tanto se le había prodigado. Salvóle la Providencia, y arribó por fin á las Azores, donde pudo ser víctima de una infame traicion por parte de los portugueses, que tenian orden del Rey, D. Juan II, para prenderle, por haberse adelantado, decia, á unas conquistas que de hecho pertenecian á su Corona (1). Sin embargo, cuando arribó á Lisboa en 4 de Marzo de 1493, el Rey, con mejor acuerdo, recibióle con las mayores muestras de estimacion, enterándose con grande interés hasta de los más insignificantes detalles de su viaje.

Dos dias despues entró en el puerto de Palos, en medio del universal regocijo, aquel que pocos meses antes habia partido de allí con la nota de loco temera-

(1) Pueden verse en la «Coleccion diplomática» de la tantas veces citada obra de Navarrete, los documentos relativos á las ruidosas y prolongadas cuestiones entre España y Portugal, por razon de los límites de sus respectivas conquistas; cuestiones que estuvieron á punto de resolverse por las armas, y que al fin terminaron de una manera pacífica, gracias á la intervencion del Papa Alejandro VI, que en su bula de 13 de Mayo de 1493 supuso trazada una línea de polo á polo, á cien leguas de las Azores, adjudicando á Portugal todos los países que se descubriesen al Oriente de dicha línea, y los del Occidente á España. Navarrete inserta dicha bula, y tambien Gómara en su *Hispania Victrix*, primera parte de la Historia general de las Indias, pág. 168, columna 2.^a, tomo XXII de los Autores españoles de Rivadeneira.

rio. En 22 de Abril le recibieron los Reyes en Barcelona, y seria difícil pintar el gozo de Fernando, y muy especialmente de Isabel, en aquellos solemnes momentos de la vida del Almirante. Colmáronle los Católicos Monarcas de honores y distinciones, y ampliaron en su favor las condiciones estipuladas en las capitulaciones firmadas antes del primer viaje, y que literalmente dejamos trascritas.

Cumplidos algunos votos que habia hecho en medio de sus mas terribles angustias, y despues de haber prometido, allá en su corazon, destinar el mayor contingente de lo que le cupiera de las riquezas de los países descubiertos y por descubrir, para el rescate del Santo Sepulcro de Jerusalem, partió por segunda vez con una magnífica escuadra, que zarpó de Cádiz el 25 de Setiembre de 1493, en medio de las bendiciones de todo un pueblo entusiasmado. El 3 de Noviembre llegó la escuadra á la isla de Guadalupe, una de las Antillas, y centro principal de reunion para las correrías de los indios llamados Caribes (1), provista de semillas de todas clases, de naranjas, limones y otras

(1) La fuente más segura y completa para historiar este segundo viaje de Colon, es la carta del Dr. Chanca, fisico de la armada de Colon, al Cabildo de Sevilla. La copió Navarrete en la obra citada, tomo I. Nosotros, despues de haber hablado con regular extension de los descubrimientos marítimos que precedieron al de la América, y tambien de este último acontecimiento realizado por Colon en su primer viaje, sólo haremos un rápido bosquejo de los otros tres viajes del Almirante, y de los demás descubrimientos llevados á cabo por los españoles en el Nuevo Mundo.

frutas; de terneras, cabras, carneros, etc., etc., y gran copia de utensilios de carpintería y de labranza, que llevaron de la Península é islas Canarias (1). Desde Guadalupe se dirigió á la Española, donde tuvo el pesar inmenso de haber encontrado asesinados á los 39 españoles que habia dejado para la defensa del fuerte y villa de la *Navidad* (2). Costeó despues en gran parte la isla de Cuba, y Colon llegó á persuadirse que aquella era tierra firme, y así lo hizo asegurar con juramento á todos cuantos con él iban; de cuyo hecho levantó el acta correspondiente Fernando Perez de Lima, escribano público de Haiti, el dia 12 de Junio de 1494. Las acusaciones injustas de los que, por no hallar el oro en la abundancia que se prometian, regresaban á la Península, disminuyeron extraordinariamente el crédito del virey. D. Juan Rodriguez Fonseca, arcediano de Sevilla, y despues Patriarca de las Indias, nombrado para dirigir todo lo relativo á los descubrimientos, se declaró enemigo jurado de Colon, no cesando de intrigar en la corte, hasta que, bien á pesar de la Reina Isabel, se nombró á Juan de Aguado, para que infor-

(1) Recuérdese lo dicho anteriormente impugnando la idea, demasiado acreditada, de que los españoles no buscaban en el Nuevo Mundo otra cosa que oro y piedras preciosas.

(2) A los que señalan como causa de tan bárbara y horrible carnicería los desafueros de los españoles, sus despóticas y despiadadas exacciones, sus crueldades y brutal lubricidad, estamos en el derecho de preguntarles: ¿por dónde pudieron sorprender la *infame* conducta de los 39 españoles que quedaron en el fuerte de Haiti? Véanse sobre el particular las obras de casi todos los primeros historiadores de Indias.

mase sobre el origen y valor de las acusaciones contra él suscitadas. Aguado no tuvo con Colon consideraciones de ningun género, y diríase que era su principal misión humillarle. En vista de la conducta indigna que con él se observaba, el Almirante regresó á la Península, dejando encomendadas las cosas de los indios á su hermano Bartolomé. Encontró en los Monarcas la misma buena acogida que siempre; pero sus émulos habian conseguido arrebatarle el aura popular y por más esfuerzos que hizo para recuperarla, hablando con su entusiasmo acostumbrado de las riquezas de Ofir, y de los palacios henchidos de oro del Catay, no pudo ahora vencer la incredulidad de unos, ni acallar los ódios y envidia concentrados de los otros. Sólo la Reina siguió siempre honrándole, y dándole señaladas muestras de lo mucho en que tenia sus servicios.

Así es que ella misma costeó la pequeña escuadra de seis bajeles, con los cuales hizo Colon su tercer viaje, partiendo de San Lucar de Barrameda el miércoles 30 de Mayo de 1498. El martes 31 de Julio llegó á la isla de la Trinidad, en el golfo de Paria, y muy próxima al Continente (1). Bajando más hácia la línea, descubrió el Orinoco, en vista de cuyo inmenso caudal de aguas no dudó ya haber encontrado tierra firme. En su consecuencia, abandonó su idea primera de hallar un paso para Cipango, persuadiéndose que el Catay

(1) Para la historia de este tercer viaje del Almirante, véase su carta-relacion á los Reyes Católicos, que inserta Navarrete. Coleccion de viajes y descubrimientos, etc., etc., tomo I.

y su Cipango no podían estar lejos. Recorrió 15 grados de paralelo de costa, de Occidente á Oriente, desde ese río hasta el cabo de Vela; y al ver tantas perlas y la robustísima vejetación de aquellos sitios, creyó haber arribado al paraíso terrenal (1). Cuando regresó á la Española encontró los negocios de la isla en el más deplorable estado. Y lo malo fué que no los enderezó él mejor que su hermano: pues á parte de lo difícil que era concertar tantas voluntades é intereses tan opuestos, la verdad es que Colon, á quien Dios había concedido el talento y la fortuna de descubrir, no era tan á propósito para administrar lo descubierto. Aprovecháronse sus émulos para perderle de la orden que había dado para reducir á los indios á servidumbre forzosa. No es que el Almirante negase á aquellos desgraciados sus imprescriptibles derechos á la libertad, de que Dios dotó á todos los hombres, sino que se proponía de este modo vencer la indolencia innata en aquellos naturales, y acostumbrarlos por este medio á las ocupaciones de hombres constituidos en sociedad. Erró, es cierto, en los medios; ¿pero no puede perdonarse al hombre, en gracia de sus civilizadores propósitos? Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la Reina Isabel llevó muy á mal las disposiciones de Colon, relativas á la libertad de los indígenas, y que después de ordenar que se anulasen semejantes medidas, nombraron los Soberanos para que se le residenciara, á Francisco de Bobadi-

(1) Carta de Colon en la obra citada de Navarrete, tomo I, pág. 247 y siguientes.

lla (1). No podia haber recaído la eleccion en persona más incapaz. Apenas llegado Bobadilla á la Española, despojó á Colon de todas sus atribuciones, y sin repa-

(1) Este hecho debiera hablar más alto que todas las vanas declamaciones de los enemigos de España, para hacer odiosa nuestra dominacion en la América. Bien podemos asegurar, con testimonios irrecusables, que los Monarcas españoles fueron siempre los centinelas avanzados de la libertad de la raza americana. Véase la carta que los Reyes escribieron á Pedro de Torres el 20 de Junio de 1500, al saber que habian llegado á Sevilla, para ser vendidos públicamente, algunos indios que enviaba el Almirante. «El Rey é la Reyna: Pedro de Torres: Ya sabeis como por nuestro mandado tenedes en vuestro poder en secustacion é depósito algunos indios, de los que fueron traídos de las Indias, é vendidos en esta ciudad é su Arzobispado, y en otras partes de esta Andalucía, por mandado de nuestro Almirante de las Indias; los cuales *agora Nos mandamos poner en libertad*, é habemos mandado al Comendador, frey Francisco de Bobadilla, que los llevase en su poder á las dichas Indias, é faga dellos lo que le tenemos mandado. Por ende, Nos vos mandamos que, luego que esta nuestra cédula vieredes, le dedes é entreguedes todos los dichos indios, que asi teneis en vuestro poder, sin faltar ninguno dellos, por inventario, é ante escribano público, é tomad su conocimiento de como los recibe de vos; con el cual, y con esta nuestra cédula, mandamos que no vos sean pedidos ni demandados otra vez. E non fagades ende al. De Sevilla á veinte dias de Junio de 500 años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandado del Rey é de la Reina.—Miguel Perez de Almazan.» Navarrete, en nota que pone á esta cédula, dice que eran veintiuno los indios de que aquí se habla, y que todos regresaron ya libres al mundo, excepto una jóven, que de su propia voluntad se quedó á servir en la Península, con libertad, por supuesto, de prestar sus servicios cómo y á quien quisiere.

rar en su alto carácter de Almirante, virey y gobernador, ni ménos en sus grandes servicios, ni el especial afecto de los Reyes, sobre todo de Isabel, hácia su persona; y olvidando las instrucciones terminantes que habia recibido para que no se le ofendiese en lo más mínimo (1), encerróle en una prision para enviarle desde allí á la Península cargado de cadenas, que despues él conservó con grande estima el resto de sus dias, ordenando á su hijo Diego que con ellas le enterasen. Pesó mucho á los Reyes que á su Almirante se hubiera tratado como á un malhechor, y para desagrarle en lo posible, nombraron, para reemplazar á Bobadilla, á D. Nicolás de Ovando, hombre recto, es verdad; pero poco aficionado á la persona del Almirante. El pueblo tambien se indignó, y seguramente que para la rehabilitacion del gran descubridor, valió más el indigno proceder de Bobadilla, que muchas defensas formales de su conducta.

Colon, hombre de gran religiosidad, pensó ahora en dar cima á otro proyecto, que para él era la consecuencia del primero. Quería, y así lo hizo presente á los soberanos, allegar recursos para emprender una cruzada contra los turcos, y rescatar por este medio el Santo Sepulcro del Salvador. Ya hemos visto cómo despues de su primer viaje habia hecho voto de consagrar parte de los productos del Nuevo Mundo para esta empresa, digna seguramente de su acendrada piedad. Sin embargo, los tiempos habian completamente cambiado: los lazos

(1) Navarrete, obra citada en la Coleccion diplomática.

de autoridad que unian á los pueblos todos de la Edad media con los Papas, como árbitros supremos en todas las cuestiones de entidad, así internacionales como interiores, ibanse alojando extraordinariamente. Lutero, aquel hombre que tan honda perturbacion estaba llamado á producir en las creencias religiosas, habia nacido; y se anunciaba ya la época en que aquellos hechos hazañosos, inverosímiles si no fuesen obra de la fé, acabados por la piedad de nuestros mayores durante aquella Edad media tan escarnecida como poco estudiada, se habian de calificar de temerarios y quijotescos. ¿Habia de encontrar eco el pensamiento de Colon de suscitar una nueva cruzada, cuando la voz lanzada en este mismo sentido pocos años antes por el virtuoso Pio II, habia sido como la voz del que clama en el desierto, como el grito que se escapa en las lúgubres encrucijadas de una Necrópolis? Los Reyes mismos, no obstante su gran piedad, como que se compadecian al ver el entusiasmo infantil de aquel hombre, que adelantándose á su siglo por su ciencia, hablaba y discurría, cual si viviese en la undécima ó duodécima centuria.

Con semejantes ideas emprendió Colon su cuarto y último viaje, por si todavía le era dado penetrar en los opulentos reinos descritos por Marco Polo. Con cuatro pequeñas carabelas partió de Cádiz ó Cáliz, como entónces se decia, el miércoles 11 de Mayo de 1502 (1).

(1) Para este viaje, véase la carta-relacion hecha por el Almirante á los Reyes; su *carta rarísima* tambien á los Reyes, fechada en la Jamáica á 7 de Julio de 1503; y tambien la relacion hecha en su testamento por Diego Mendez, Adelantado de

El 15 de Junio llegó á Santa Lucía, una de las pequeñas Antillas. En la Española el gobernador Ovando no le permitió tomar tierra ¡á él, que, como con sentidisimo acento dice en su carta rarísima, ganó aquellas tierras para España *sudando sangre!* Con gran trabajo, y gracias á su intrepidez y paciencia, que demostró en este más que en los anteriores viajes, pudo escapar, arribando á Cuba, de un furioso temporal que echó á pique la escuadra en que venia á España Bobadilla; pereciendo él con cuanta gente y tesoros trasportaba, exceptuando la parte que á Colon correspondia, que se salvó en la peor de las carabelas, habiendo arribado á feliz puerto. Desde Cuba volvió el Almirante á su primera idea de buscar paso para el Catay, y dirigiéndose al Occidente, llegó al Cabo de Higueras. Siguió la costa meridional, recorriéndola hasta llegar al Nombre de Dios, de donde volvió á Cuba, y desde allí á la Jamáica. Aflige la relacion que él mismo hace en su *carta rarísima* de los males que desde entonces hasta el fin de su viaje le agobiaron. Enfermaron muchos de los suyos; los que no, tornaron las armas contra él, en tanto que dejaron de acudirle con mantenimientos los indios. Pudo reducir á estos, prediciéndoles un eclipse, pero no así á los amotinados españoles, á cuyo frente se habian puesto los dos hermanos Porras. Colon se vió en la triste necesidad de hacer armas contra los conjurados, resultando algunos muertos, heridos y prisioneros,

Colon, sobre algunos acontecimientos de este mismo viaje. Navarrete, en la obra citada, tomo I, copia los tres documentos.

entre estos últimos el capitán Francisco Porras. Inmediatamente regresó á España, á fin de anticiparse á todos, y que no le calumniasen sobre tan deplorables hechos; así como para dar cuenta de sus últimos descubrimientos (1). Su protectora la Reina Isabel había ya bajado al sepulcro, llorada por todos los españoles. Mucho influyó tan triste nueva en la excesivamente deteriorada salud del Almirante, tanto que tuvo necesidad de pedir licencia al Rey para que le permitiese ir en mula á la corte. Otorgósele sin dilación Fernando (2); pero se mostró harto frío con él, y no muy dispuesto á darle lo que de justicia pedía, para pagar lo que le habían prestado para el último viaje; entreteniéndole además con evasivas, sin reintegrarle en sus antiguos cargos y atribuciones (3). Al fin, lleno de tristeza y consumido de trabajos, murió en Valladolid el 12 de Mayo de 1506, de edad como de 67 años. Trasladaron su cuerpo á la Cartuja de Sevilla; de allí á la Española, y últimamente á Cuba. «Era, dice Gómara (4), hombre de

(1) Gómara, *Hispania victrix*, Primera parte de la Historia General de Indias.

(2) Navarrete, obra citada.

(3) Véanse en Navarrete las cartas á su hijo Diego. «Poco me han aprovechado, le decía, veinte años de servicios, que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una figa: si quiero comer ó dormir no tengo salvo el meson ó taberna, y las mas de las veces falta para pagar el escote.» Véase también la historia del Almirante por Fernando Colon.

(4) Primera parte de la Historia de Indias, pág. 172, de tomo y edicion citada.

buena estatura, y membrudo, cariluengo, bermejo, pecoso, y enojadizo, y crudo que sufría mucho los trabajos.» «Fué D. Cristóbal Colon, dice Herrera (1), alto de cuerpo, el rostro largo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca, que tiraba á rojo encendido, la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos, y era gracioso y alegre, bien hablado y elocuente; era grave con moderacion; con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero, con moderada gravedad y discreta conversacion, y así provocaba fácilmente á los que le oían, á su amor; representaba presencia y aspecto de venerable persona, y de gran dítado y autoridad, y digna de toda reverencia; era sóbrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar; solía comunmente decir hablando con alegría, su familiar habla, ó indignado cuando reprendía ó se enojaba con alguno: «¡Dobos á Dios! ¿no os parece esto y esto?» ó ¿porqué hicisteis esto y esto?» Supo mucha astrología, y fué muy perito en la navegacion; supo latin y hizo versos.»

Con el entusiasmo que produjeron los primeros hechos de Colon, y con el permiso concedido á los particulares para verificar á su costa nuevos descubrimientos, fueron innumerables los que se lanzaron en ese camino de aventuras y peligros, hundiéndose muchos en el polvo de la nada, y adquiriendo otros más afortunados ri-

(1) Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano.

quezas inmensas y renombre inmortal. La España se despoblaba: unos, como los misioneros, iban trasportados en alas de la Caridad; otros corrían tras los honores y la fama; y muchos, en fin, trataban de enriquecerse y medrar explotando aquel privilegiado suelo.

No nos ocuparemos de todos, ni siquiera de la mayor parte de los descubrimientos, limitándonos á los más importantes, sin circunstanciarlos, ni hacer otra cosa que bosquejarlos lo más rápidamente que posible nos sea.

Alonso de Ojeda, natural de Cuenca, armó por su cuenta, en Santo Domingo, el año 1498, cuatro navíos con trescientos hombres de tripulación. Habiendo arribado á la costa de Jaragua, la recorrió toda, desde Venezuela hasta el cabo de la Vela. Entró atrevidamente por Cartagena, cuatro leguas tierra adentro, perdiendo la vida en tan temeraria jornada muchos españoles, entre otros su adelantado Juan de la Cosa, que fueron devorados por los indios. Terriblemente se vengaron después los españoles. En el golfo de Uraba fundó Ojeda un fuerte, que fué el primer establecimiento de los españoles en el continente americano (1).

(1) Martín Fernández Enciso, Alguacil mayor de Castilla de Oro, (Darien), publicó en Sevilla el año 1519 una obra curiosísima, que intituló *Summa de Geografía*. Es una de las fuentes más preciosas para estudiar los hechos relativos á la expedición de Ojeda. En dicha obra se inserta literal el requerimiento que de orden de los Reyes hizo él el primero y después todos los demás conquistadores, para reducir aquellos países á la obediencia de España. Insértanla también Herrera (*Hist. gen. de las Indias*, tomo I, década primera, libro 7.º, cap. 14, pág. 148,

Vicente Yanez Pinzon, que habia acompañado á Colón en su primer viaje, y su sobrino Arias Pinzon, salieron de Palos con cuatro carabelas el 13 de Noviembre de 1499, llegando al cabo de San Agustin, al Mediodia de Pernambuco, en la costa del Brasil, el dia 26 de Enero del siguiente año, adelantándose por consiguiente en tres meses al portugués Alvarez Cabral, á quien injustamente se atribuye semejante descubrimiento. Saltando á tierra y hallándola despoblada, tomaron agua, leña y la altura del sol; escribieron en árboles y peñas el dia que llegaron, sus nombres y el de los Reyes Católicos, en señal de posesion (1). En un viaje de diez meses recorrieron la mayor parte de la costa de ese dilatado Imperio, regresando despues de haber descubierto el rio de las Amazonas, que más tarde exploró Orellana, nombre que algunas veces tambien se dá á dicho rio. Pinzon fué el primer europeo que pasó el Ecuador desde la parte occidental del Atlántico.

Los demás pueblos de Europa y sus hombres de ciencia empezaron tambien á consagrar su actividad á la empresa de descubrir en el Nuevo Mundo. Cuéntanse entre los primeros, especialmente Portugal é Inglaterra. Adquirieron inmortal renombre entre los segundos, los italianos. Cristóbal Colon, Américo ó Albérico Vespucio, y Juan, y Sebastian Cabot, italianos eran. De los portu-

y siguientes) y César Cantú (*Historia universal*, época 14, cap. V). Nosotros no la insertamos por su demasiada extension, y por el mucho camino que aun nos falta recorrer, contentándonos por lo tanto con remitir á los citados autores.

(1) Gómara, obra citada, pág. 210

guese sabido es que no abandonaron tan gloriosa senda desde el Infante D. Enrique, Juan Gonzalez Zarco y Tristan Vaz Teixeira, hasta Cabral y otros muchos despues de él. Esta especie de concurrencia en un tiempo, en que ya no se escrupulizaba *acatar sin cumplir* las sentencias arbitrales de los Papas en asuntos de nacion á nacion, no permitió que el rey Fernando distrajese su atencion del Continente que le habia dado el inmortal genovés. Las primeras noticias dadas por Colon, desde su tercer viaje; por Ojeda, y últimamente por los Pinzones, convirtieron todas sus miras hácia la América Meridional, por si explorando esa parte del Continente se lograba descubrir el tan deseado paso para las Indias. Se comisionó, con este objeto, á los mejores pilotos, como eran el mismo Ojeda, Pinzon, Vespucio, Juan Diez de Solís y otros muchos. Este último y Vespucio habian hecho con Pinzon el viaje en que se habia descubierto el rio de las Amazonas, y recorrido gran parte de la costa del Brasil. Américo (Amérigo Vespucci), no ménos audaz que afortunado, quiso atribuirse la gloria de haber sido el primero que en su tercer viaje, que emprendió al servicio de Portugal el año 1501 saliendo de Lisboa, habia descubierto tierra firme (1), y recorrido toda la costa de la América meridional hasta el río de la Plata. Pero lo que en último resultado deduce la crítica histórica de la narracion hinchada, aparatosa y

(1) En el tomo III de la *Coleccion de los viajes*, etc., de Navarrete, pueden verse las cuatro relaciones de los viajes de Américo.

confusa de sus *cuatro navegaciones*, es que el afortunado Florentino supo aprovecharse de los trabajos de los demás descubridores, por más que sábios tan competentes como el vizconde de Santarem (1), y Alejandro Humboldt (2) hayan en nuestro siglo intentado rehabilitar su memoria. ¿Quién diría, sin embargo, que Vespucio habia de arrebatár á Colon, Cortés, Vasco Nuñez de Balboa, Pizarro, etc., la gloria de dar su nombre al Nuevo Mundo? *Sicut libelli habent quoque suâ fata homunculi*.

A la muerte de Vespucio (1512) el intrépido Juan Díez de Solís, natural de Lebrija, que le sucedió en los cargos de capitán y piloto mayor del Rey, siguiendo la misma ruta que Pinzon, llegó al cabo de San Agustín, y desde aquí descendió hasta cerca de los 40° de paralelo (3). Descubrió el río de la Plata, al cual los naturales llamaban Paranaguazu, que quiere decir río como mar, ó agua grande. Después de haber grabado con navajas cruces en los añosos árboles de aquel país, regresó á España á dar cuenta de su expedición. Empezó otra el año 1515, siguiendo la misma dirección que anteriormente; pero habiendo saltado en tierra cerca del río de la Plata, con otros cincuenta de su tripulación,

(1) Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Americ Vespuce, et ses voyages-Paris, 1812, en 8.º

(2) Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau continent, et des progres de l'Astronomie nautique au 9 et 15 siècles. Paris, 1837-4 vol.

(3) Gómara, primera parte de *Historia general de Indias*, pág. 210.

los indios, que simulando venir de paz habíanse en gran número emboscado para sorprenderlos, matáronlos á todos, devorándolos despues á la vista de sus consternados compañeros, que sin ser parte á remediarlo, presenciaban desde los navíos tan bárbara carnicería (1). Levaron anclas inmediatamente, regresando á España, como dice Gómara, corridos y gastados.

En el año 1526 Sebastian Cabot, de orden de Carlos V, continuaba la obra del desgraciado Solís, sin haber conseguido otro resultado que recibir de los salvajes Guarani láminas de oro y plata, por lo que dió el nombre de *Plata* al rio que su predecesor habia descubierto en su primer viaje, el año 1512.

Otros conquistadores de más audacia y fortuna proseguían al Occidente y Mediodía de las Antillas la obra de Colon y de Alonso de Ojeda. Vasco Nuñez de Balboa, natural de Jerez de los Caballeros, venciendo peligros y dificultades increíbles, hácese dueño del Darien, y con solos ciento noventa hombres, y luchando contra las brascas y tenaces acometidas de los caciques del país, y contra una naturaleza, cuyos bosques no habian dejado al sol tocar en la superficie de la tierra, que únicamente por fieras y serpientes eran poblados, atraviesa el istmo de ese nombre, llamado hoy más comunmente de Panamá, dando vista por fin al mar Pacífico, que

(1) No sabemos por qué no habian de tener en cuenta este hecho, que ni es el único, ni el más cruel, los apasionados panegiristas de las virtudes de los indios, cuando tratan de hacer recaer sobre los primeros conquistadores la maldicion eterna de la humanidad.

él impropriamente llamó del Sur. Indicáronle los indios la montaña, desde cuya cumbre podría descubrirle algunas jornadas antes de llegar á sus riberas; y queriendo ser el primero en contemplarle, ordenó á los suyos que se detuviesen en la falda del monte. El entonces se apresuró á subir hasta el fin, y mirando hácia el Mediodía, el 26 de Setiembre del año 1513 (1) divisó el mar, incándose de rodillas, sin poderse contener, para dar gracias á Dios por la gran merced que le otorgaba. Llamó en seguida á los suyos para que participasen de su entusiasmo, y mostrándoles el mar: «Veis allí, les dijo, amigos míos lo mucho que deseábamos. Demos gracias á Dios que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guíe á conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos, y que nunca jamás cristiano ha vido para predicar en ella el Santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que sois y seguidme (2).» Todos los españoles hicieron oración, dando muchas gracias á Dios, abrazaron á Balboa, y prometieron no faltarle. No cabían en sí de gozo, añade Gómara, y á la verdad, dice con candorosa sinceridad: «Ellos tenían razón de gozarse mucho por ser los primeros que lo descubrieron, y que hacían tan señalado servicio á su príncipe, y por abrir camino para traer á España tanto oro y riquezas, cuantas despues acá se han traído del Perú (3).» Dejemos, por no cuadrar á nues-

(1) Por eso se llamó Mar del Sur.

(2) Gómara, *Historia de las Indias*, pág. 193 de la edición citada.

(3) Para todos los hechos, relativos á los descubrimientos

tro propósito, las deplorables contiendas suscitadas entre los conquistadores: no nos ocupemos ni de la incapacidad en la gobernación de aquellos países de Pedrarias Dávila, ni de la desgraciada muerte del noble y esforzado Balboa, ordenada por su envidioso y caduco rival, y digamos solamente cuatro palabras sobre el descubrimiento del Perú, Chile y demás países de la América Meridional. En la expedición primera de Balboa al Darién, acompañábanle Francisco Pizarro y Diego de Almagro, quienes concertaron, durante el gobierno de Pedrarias, y tal vez de acuerdo con él, encaminarse hacia el Mediodía, siguiendo la costa. Asociados ambos con Hernando Luque, señor de Taboga y Maestrescuela de Panamá, á quien por sus muchas riquezas llamaban el clérigo loco, resolvieron en comun que Pizarro marchase á descubrir, y Diego de Almagro le suministrara gente, armas y alimentos, quedando Hernando Luque al cuidado de los intereses de todos. Partió, pues, Pizarro el año 1525, llevando consigo tan solos ciento catorce hombres y un navío. Con ese puñado de

de Vasco Nuñez de Balboa, véase su carta, escrita al Rey Católico desde Santa María del Darién, que copia Navarreté, *Colección de los viajes y descubrimientos, etc.*, tomo III, página 318: si bien hay que leer con alguna desconfianza las quejas que dá contra Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Consúltense también la curiosísima *Relación de lo ocurrido en el descubrimiento del Mar del Sur, y cartas del Perú y Nicaragua*, escrita por el adelantado Pascual de Andagoya. Véase además Herrera en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, passim.

valientes conquistó el inmortal extremeño el imperio de los Incas; hizo morir cruelmente, no obstante la fé jurada, á uno de estos, Atahualpa; apoderóse de Cuzco y Quito, y fundó últimamente á Lima, mientras que Almagro sometía á Chile. Deplorables fueron los sucesos á que estos dos ardidos guerreros se entregaron por satisfacer su desatentada ambicion y sórdida avaricia. No quisiéramos recordar el espectáculo repugnante que ofrecieron al mundo con escándalo universal, de los Indios principalmente, las guerras civiles entre los Pizarros y Almagros, que tanta sangre costaron, muriendo desastrosamente, durante ellas, los principales individuos de esas dos familias, y dificultando extraordinariamente la sumision del país, la conversion de sus naturales al catolicismo y todos los planes civilizadores de los monarcas españoles (1).

(1) Es muy buena fuente para los acontecimientos todos, relativos á la conquista del Perú, la ya citada relacion del adelantado Pascual de Andagoya. Véase tambien:

Verdadera relacion de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, por Francisco de Jerez. Sevilla 1534, y Salamanca, 1547.

Historia de la conquista del Perú, por Agustin de Zaráte. Amberes, 1554.

Crónica del Perú, por Pedro Cieza de Leon. Sevilla, 1554, y Amberes, 1555.

Historia del Perú, por Diego Fernandez. Sevilla, 1572.

Comentarios reales, por el inca Garcilaso de la Vega. Primera parte, Lisboa, 1609. Segunda parte, Córdoba, 1616.

La Araucana de Ercilla, de la cual hay una multitud de ediciones.

Pueden leerse además, con no escaso fruto, las Historias

Por aquel tiempo ya el portugués Fernando de Magallanes, entonces al servicio de España, habia descubierto, arrostrando inmensos peligros, el Estrecho de su nombre, en cuyas costas habitaban individuos de talla gigantesca; calzados con pieles de llama, por lo cual se llamaron *Patagones*, esto es, mal calzados. Dió por fin vista al mar, que el llamó Pacífico, con tanta impropiedad como Balboa, cuando por primera vez le descubrió, llamándole del Sur; y despues de arribar á las Molucas, murió en batalla contra uno de los Régulos del país. El de Zebú, que á instancias de Magallanes habia recibido el bautismo, convirtió las armas contra los españoles, muriendo muchos en la contienda. Los que pudieron salvarse regresaron á España por el cabo de Buena Esperanza, mandados por Sebastian Delcano el año 1520, á los mil ciento veinticuatro dias de haber zarpado de nuestras costas. Delcano fué el primero que dió la vuelta al mundo (1).

Entré tanto, Ponce de Leon habia descubierto la Florida por los años de 1512, fundando allí una colonia. En 1517, Diego Velazquez, gobernador de Cuba, aprestó tres navíos, mandados por Francisco Fernandez de Córdoba, que zarpando de dicha isla, despues de veintiun dias de navegacion, descubrió la costa de Yu-

generales de las Indias, de Gómara, Acosta, y sobre todo, de Herrera.

(1) Véase en Navarrete, *Coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles desde fines del siglo XV*, tomos IV y V; *Viajes al Moluco*. Véase tambien la *Historia de las Molucas*, por Argensola.

catán. Una segunda expedición, ordenada por el mismo Velazquez, partió también de la isla de Cuba en 1518, capitaneada por Juan de Grijalva, quien verificó nuevos descubrimientos en aquellas playas. En vista de los buenos resultados de los anteriores, Hernan-Cortés fué elegido en 1519 para mandar la tercera de esas expediciones, que dió por resultado su desembarco en el Continente, en el punto mismo ya ántes explorado por Francisco Fernandez y Juan de Grijalva, el día de Viernes Santo; por lo cual llamó Vera-Cruz al pueblo cuyos cimientos mandó echar inmediatamente: la sumisión de los Campoallá, de los Tlascaltecas; y después de prodigios de valor y arranques de temeridad que eclipsan los hechos más extraordinarios de Alejandro y César; la conquista en poco más de un año del antiguo y poderoso imperio de Méjico, que contra sus quinientos hombres podía presentarle más de cuatrocientos mil, no despreciablemente armados (1).

(1) Quisiéramos poder detenernos algun tanto más en las hazañas acabadas por el ilustre hijo de Medellín: pero nos lo veda el carácter de este discurso, y la desmedida extensión que la importancia del tema, mas que nuestra voluntad, le van dando. Precisamente en este lugar apenas cabe decir nada de Hernan-Cortés, pues pidiéndonos noticias sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, el de Méjico, ya hemos visto que se debió á Francisco Fernandez y á Juan de Grijalva, quedando á Cortés la inmensa gloria de haber conquistado, con tan pobres recursos, el potentísimo imperio de Motezuma.—Para todo lo relativo á las conquistas de Cortés, sus *Cartas ó relaciones* dirigidas al Emperador Carlos V, y fechadas la primera en Vera-Cruz á 10 de Julio de 1519; la segunda en Segura de la Fron-

Estudiados con la mayor rapidez que nos ha sido posible, los descubrimientos verificados por los españoles en América, poco necesitamos para probar la im-

tera, en Nueva España, á 30 de Octubre de 1520; la tercera en Cuyacan de Nueva España, á 15 de Mayo de 1522; la cuarta en Temixtitlan, ó sea en la ciudad de Méjico, á 15 de Octubre de 1524; la quinta en la misma ciudad, á 3 de Setiembre de 1526.—Todas estas preciosas relaciones pueden verse reunidas en el tomo XXII de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneira. Consúltase además:

Hispania victrix. Segunda parte de la crónica general de las Indias, que trata de la conquista de Méjico, escrita por Francisco Lopez de Gómara. Zaragoza, 1552.

Verdadera historia de la conquista de Nueva España, escrita por Bernal Diaz del Castillo, Madrid, 1632, un tomo en folio.—Véanse además las Historias generales de Indias; y entre los modernos la Historia de la Conquista de Méjico, por Guillermo Prescott; el *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, Paris, 1841; y tambien la Historia de América por Robertson. Recomendamos para el estudio de las fuentes acerca de la historia de la conquista de América, el prólogo que precede á la Historia del Nuevo Mundo de D. Juan Bautista Muñoz; y la Introduccion á la Coleccion de viajes y descubrimientos de los españoles de fines del siglo XV, por Navarrete. Es muy notable en esta parte la *Bibliothèque Americaine*, ou *Catalogue des ouvrages relatifs á l'Amérique*, qui ont paru depuis sa decouverte jusqu'à l'an 1700 par M. H. Ternaux, Paris, 1837.—Damos aquí por terminada la relacion de los descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo, para dejar cabida á los demás extremos que el tema de nuestro discurso comprende. Y no es por que los españoles no hayan descubierto otros países en el Continente americano; los nombres de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Alvarado y otros cien, prueban lo mucho que hizo España en esta parte, en el siglo XVI.

portancia de tan notable y trascendental acontecimiento. ¿Quién en nuestros días no sabe ya lo mucho que influyó el descubrimiento de América en la mayor extension del Cristianismo? ¿Quién no vé lo mucho que ganó el comercio, la navegacion y las ciencias, y cuánto influyó en la existencia social de los pueblos del antiguo Continente? Bien puede, pues, perdonarse á Gómara la parte de exageracion que pueda haber en la primera cláusula de la dedicatoria á Carlos V de su Historia general de las Indias: «Muy soberano Señor, dice: la mayor cosa despues de la Creacion del mundo, sacando la encarnacion y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Mundo Nuevo.» Y Pedro Mártir de Anglería, haciéndose intérprete del entusiasmo general de los hombres todos de su tiempo, así sábios como ignorantes; entusiasmo que bien puede traducirse como una elocuente profecia de lo mucho que habia de significar con el tiempo la obra de Colon y de los que le sucedieron; se espresa de este modo, escribiendo al sábio Pomponio Leto: «*Præ lætitia prosiluisse te, vixque á lachrymis præ gaudîo temperasse, quando litteras adspexisti meas, quibus de antipodum orbe latentî hactenus te certiore feci, mi suavissime Pomponi, insinuasti. Ex tuis ipse litteris colligo, quid senseris. Sensisti autem, tantique rem fecisti, quanti virum summa doctrina insignitum decuit. ¿Quis namque cibus sublimibus præstari potest ingeniis, isto suavior? ¿Quod*

Pero habiéndonos ocupado de los principales descubrimientos, no podemos, ni debemos descender aquí á más detalles.

condimentum gratius? A me facio conjecturam. Beari sentio spiritus meus, quando accitos alloquor prudentes aliquos, ex iis qui ab ea redeunt provintia. Implicent animos pecuniarum cumulis augendis miseri avari, libidinibus obsceni; nostras nos mentes, postquam Deo pleni aliquando fuerimus contemplando, hujuscemodi rerum notitia demulceamus (1).»

Concretando más este punto de nuestra tésis, recorremos, siquiera sea someramente, las consecuencias del descubrimiento del Nuevo Mundo en el orden religioso, moral, social, científico y literario.

En el orden religioso, la trasformacion operada por la conquista de América ha sido completa. Todos aquellos pueblos tenian ideas religiosas, todos tenian su culto, por más que el Almirante dijera, hablando de los naturales de las islas primeramente descubiertas, que no les conocia ni ley ni secta alguna (2). Este error rectificó Colon en su segundo viaje, hablando del cual en su carta ya citada á los Reyes Católicos, discurre bastante largamente acerca de las ideas y prácticas religiosas de los habitantes de Haiti. Aun entre los sanguinarios caribes se encontró religion y culto. ¿Habría un sólo pueblo que se levante á desmentir la idea de Dios, siempre y por todos los pueblos acatada? En el Continente, desde el Darien hasta Méjico y el Perú, en

(1) *Petrus Martyr Anglerius, Epist.* 152. Pomponio Læto, citado por D. Enrique de Vedia en los *Preliminares* que preceden á su coleccion de *Historiadores primitivos de Indias*. Tomo XXII de la edicion de Autores españoles de Rivadeneira.

(2) Diario, martes 16 de Octubre.

todas partes encontraron los españoles templos, sacerdotes y sacrificios. Pero ¡qué sacrificios! Horroriza leer las descripciones de Gómara, Oviedo, Bernal Díaz del Castillo; de Colón, de Cortés, de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Aquellos centenares de miles de cabezas que decoraban los templos de Méjico; aquellas otras, que, como trofeos, consagradas al Dios de la guerra, vió Diego Méndez, Adelantado de Colón (1), cuando con temeridad sin ejemplo se acercó á hablar á uno de los régulos de Jaragua, que soñaba más que ningún otro en el exterminio de todos los españoles; aquellos ritos sanguinarios del Perú y Chile, de Nueva España y Trascala, de Jamaica, Cuba, Puerto Rico y la Española, explican más que ninguna otra cosa el fondo de humanidad de aquellas absurdas teogonías. La obra primera de los españoles fué convertir á aquellos desgraciados á nuestra augusta religión: y con cuánto empeño, y con qué noble emulación se disputaron el buen éxito de una empresa tan gloriosa como erizada de dificultades y peligros; diganlo la mayor parte de los pueblos de aquel vastísimo Continente, convertidos al cristianismo en menos de una centuria, no obstante sus inveteradas supersticiones y la grosería de sus entendimientos, y lo repugnante y desarreglado de sus pasiones (2).

(1) Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante, D. Cristóbal Colón.

(2) Siendo, sin disputa, la conversión de los pueblos del Continente americano la obra más gloriosa de los primeros tiempos de la conquista, los émulos de nuestros lauros nacio-

Siendo la idea religiosa uno de los más poderosos elementos del orden social, alcánzase fácilmente la gran revolucion en esta parte verificada, de resultas de nuestros descubrimientos. Pero á parte de esto, examinaremos rápidamente las condiciones del Estado, la familia, y del individuo en aquellos pueblos.

La idea del Estado en la mayor parte del Continente americano era completamente desconocida. En los únicos pueblos, Méjico y el Perú, que no estaban del todo sumidos en las tinieblas de la barbarie, el Estado era el Emperador ó el Inca; y esos monarcas oprimian á diferentes pueblos que gobernaban con un despotismo inmensamente más duro que el de los Reyes más despóticos del Oriente. ¿Qué importa que antes de ser reconocido el Emperador de Méjico pudieran insultarle impunemente todos, desde el sacerdote supremo hasta el más abyecto esclavo (1), si despues habian de acatarle como á Dios, y cumplir con religioso respeto sus más insensatos y sanguinarios caprichos?

La idea de la familia bien puede decirse que era

nales han pretendido arrebataarnos tambien este, atribuyendo la obra regeneradora de la conversion á los misioneros. ¡Dionosa manera de discurrir! Y aquellos misioneros que acompañaban á los conquistadores, desde Colon hasta Menendez de Avilés, para moderar sus instintos guerreros, ¿eran ó no españoles? preguntamos nosotros.

(1) Gómara, «Conquista de Méjico.» Bernal Diaz del Castillo, «Conquista de la Nueva España.» Cortés, «Cartas-relaciones» escritas desde Nueva España á la augusta cesárea majestad del Emperador Carlos V.

desconocida en aquellos países. Porque en Méjico y el Perú, por ejemplo, así como el Monarca era el Estado, así tambien el padre dentro de casa absorbía toda otra personalidad. La madre significaba bien poco ó nada en unos pueblos donde cada hombre podia tomar muchas mujeres, no siendo raro encontrar algun país donde en esta parte reinaba un ilimitado comunismo. Si á esto se añade que en otros puntos era la mujer la que se casaba con muchos maridos, y que en todo el Continente americano reinaba el execrable y nefando vicio de sodomia, puede fácilmente concluirse el estado precario á que la familia se hallaba reducida. Ahora bien: la obra de los españoles bajo este punto de vista, patente está. Véase en nuestros historiadores primitivos de Indias la gran solicitud de los primeros conquistadores, secundando las órdenes de los Reyes, por el fomento de los legítimos intereses de la familia. Regístrese la coleccion de leyes de Indias, ese monumento de eterna gloria de nuestra literatura jurídica, que nos envidian todos los pueblos cultos, y se verá con qué celo la España emprendió la difícil tarea de regenerar á unos pueblos embrutecidos (1).

No digamos nada del individuo. Precisamente por él tenia que empezar la obra regeneradora de la Iglesia en aquellas regiones; y por lo mismo la condicion del

(1) Herrera, «Historia general de Indias.» D. Juan Solórzano Pereira, «Política indiana.»—Véanse además las historias de Gómara, Bernal Diaz del Castillo, Oviedo, etc., etc., y tambien la «Coleccion de viajes y descubrimientos de los españoles desde fines del siglo XV,» por Navarrete.

individuo por necesidad debia ser enteramente distinta, despues de la conquista, de lo que antes era.

Se vé, pues, la inmensa importancia que en el órden social tuvo el descubrimiento de la América.

Por lo que hace á la influencia que ha ejercido en los adelantos de las ciencias, mucho pudiéramos decir, si nos lo consintieran los límites en que necesariamente debemos encerrar nuestro discurso.

¿Quién no vé lo mucho que ganaron las ciencias naturales en sus diversos ramos, la Zoología, la Botánica, la Mineralogía y la Geografía? Las variadas é infinitas familias de animales, árboles y plantas; las innumerables especies de minerales, desde el oro hasta el carbon de piedra, en que tanto ha favorecido Dios aquel riquísimo Continente, han ensanchado extraordinariamente los límites de la ciencia, no siendo esas riquezas de la naturaleza las que menos han contribuido á dar fama inmortal á los Neuwied, Saint Hilaire, Cuvier, Bompland, Humboldt y otros mil.

La Astronomía y la Navegación deben sus más sólidos progresos al hecho que nos ocupa. Está demás que insistamos en demostrar este aserto. Ya vimos cuán laboriosa y prolongada infancia tuvieron dichas dos ciencias. ¿Qué era en efecto la astronomía, qué la navegación antes del descubrimiento de la América? Cuando despues del primer viaje al rededor del mundo, empezado por Magallanes y concluido por Sebastian Delcano, se encontraron los tripulantes con un dia menos, aquellos hombres no podian volver de su admiración. ¡Tan en la infancia se encontraba entonces el arte! ¿Y á qué

estaba reducida la navegacion? Ya lo hemos visto. Los mares interiores eran los únicos que hasta aquella época habian podido ser explorados; nunca los navegantes podian perder de vista las costas, y de noche y durante largas temporadas la navegacion tenia que interrumpirse. Lo que ambas ciencias progresaron desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, no necesitamos encarecerlo; cosa es que se encuentra al alcance de todos. Y así tenia que suceder. Necesitando los marineros abandonar las costas para engolfarse en alta mar; habiendo abandonado el Mediterráneo para lanzarse impertérritos en los infinitos horizontes del Atlántico y el Pacífico, el cielo y sus constelaciones debian buscarse en adelante como auxiliares poderosos, en la difícil ciencia de la navegacion; y el estudio de las constelaciones debia provocar nuevos problemas, y estos, otros y otros, que en gran parte resueltos, constituyen la Astronomia en una de las ciencias más fecundas y de más positivos adelantos en nuestra época. Ayudada con tan eficaz apoyo la navegacion, y continuando el espíritu de aventuras, y picada más y más la curiosidad con tan multiplicados descubrimientos, no hay nada que se escape á la activa investigacion de los pilotos, desde el Ecuador hasta los mares polares.

La Medicina ensanchó tambien extraordinariamente su esfera. El carácter raro y maligno de muchas de las enfermedades que se desarrollan en el Nuevo Mundo, y que desgraciadamente tan perniciosa influencia vienen ejerciendo en el antiguo Continente, ha llamado, como no podia menos, la atencion de los hombres de la

ciencia de curar. El mal venéreo, no obstante los esfuerzos de algunos escritores por probar lo contrario, creemos ser originario del Nuevo Mundo (1). Y lo mismo otra multitud de dolencias malignas, que vienen siendo la desesperacion de todos los que están consagrados á la ímproba tarea de aliviar los males de la humanidad doliente. Esto necesariamente tenia que provocar nuevos estudios, y abrir más anchos horizontes á la Medicina.

Para la Geografía, el descubrimiento de la América por Crislóbal Colon es el principio de una nueva edad. Esta ciencia aumentó en un tercio su caudal, por cuya razon bien puede decirse que es una de las que más ga-

(1) Domingo Thien «Lettere sulla storia d'mali venerei,» Venecia, 1823, obra llena de datos y profunda erudicion, pretende demostrar que ya antes del descubrimiento del Nuevo Mundo era conocida esa terrible y nauseabunda enfermedad, que segun la frase de un escritor, que por cierto la creia importada de América, *hacia más que contrapesar todas las ventajas reunidas que del descubrimiento del Nuevo Mundo resultaran*. Son muy atendibles sus observaciones. Dan, sin embargo, como cosa cierta la procedencia de América del mal venéreo Francisco Lopez de Gómara, Historia de las Indias, pág. 174 de la edicion citada, cap. 29: «Que las bubas vinieron de las Indias;» y el capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, en la Primera parte de la Historia natural y general de las Indias, islas é tierra firme del mar Océano, libro II, cap. 14: «De dos plagas ó pasiones notables (las bubas y niguas) é peligros de las Indias, é la una dellas trasferida en España é en el mundo.» Sevilla, 1535, un volúmen en folio, en casa de Juan Cromberger.—Véanse además los historiadores primitivos de Indias.

nanciosas han salido de nuestras conquistas al otro lado del Atlántico.

La Historia tambien reportó grandes ventajas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Una multitud de pueblos, de diversas costumbres y religion, de diferente idioma, salvajes los más, en vias de progreso los unos, en el ocaso de su civilizacion los otros, necesariamente debia enriquecer la Historia con un considerable número de datos, que provocarian nuevos problemas, que ella con el tiempo habrá de resolver auxiliada de otras ciencias, como la Lingüística y la Etnografía, en cuyo estudio tan maravillosos resultados produjeron las sábias investigaciones del diligentísimo Humboldt. No ménos que el fondo de la ciencia histórica, ganó este género de literatura. Esto por sí solo mereceria un discurso; pero nosotros, sin extendernos en grandes consideraciones sobre el particular, nos remitimos á las multiplicadas citas de historiadores, á que hemos necesitado recurrir, para estudiar la tesis que estamos desenvolviendo (1).

Las ciencias sociales y antropológicas tambien se

(1) Puede formase una idea del inmenso caudal de literatura histórica, relativa á la América, consultando la obra impresa en Lóndres en 1743, intitulada: «*Bibliothecæ americanæ primordium*,» que viene á ser una bibliografía de las cosas de América. Esta obra recibió considerables aumentos en la «*Biblioteca americana, or chronóical, catalogue of books concerning the América.*» Todavía es más completa la obra que ya hemos citado de Mr. Fernaux, «*Bibliothèque americaine ou Catalogue des ouvrages relatifs á l'Amérique qui ont paru depuis sa decouvert jusqu'a l'an 1700.*»

enriquecieron con el descubrimiento del Nuevo Mundo. ¿De dónde procede la raza americana? ¿Cómo se desvió del tipo primitivo? ¿Cómo se comprende la civilización en cierto modo adelantada de Méjico y el Perú con sus ritos bárbaros y sanguinarios? ¿Cómo se explica tanta multitud de idiomas y dialectos? Tales son las cuestiones más importantes que dichas ciencias se han propuesto desde los primeros descubrimientos del Continente nuevo, y sobre cuya acertada resolución con insistencia se trabaja, habiendo en esta parte adquirido merecidísima fama los trabajos de don Jorge Juan y los hermanos Ulloas; los de Lafond, Duponced, Gickering y Gallatin; y los de Perouse, Freycinet, Lesson, Duperrey y Kruseuster.

No ejerció ménos influencia en el órden literario el descubrimiento del Nuevo Mundo. Sin embargo, no tanta como podria presumirse, teniendo en cuenta las condiciones del clima y demás. La escuela Italiana, idólatra en el fondo y las formas de los modelos del siglo de Agosto, habia contagiado todas las literaturas europeas; de suerte que apenas sabian hablar otro lenguaje que el tomado del repertorio de Virgilio, Horacio y Ovidio. Si con esto la literatura, que empezó entonces á buscar sus inspiraciones en las selvas vírgenes de América, y al pié de sus imponentes volcanes, ganó en pureza, corrección y elegancia, perdió mucho de lo que más valor debió haberle dado, es á saber: de su carácter nativo, de su originalidad y frescura. Sólo así se explica que Ercilla no encuentre otro medio de solaz despues de una marcha fatigosa por los Andes, que contar los amores de

Dido y Eneas, sin arredrarle los dos inexplicables anacronismos, el de Virgilio y principalmente el suyo (1). Mucho pudiéramos añadir á lo ya dicho sobre la inmensa trascendencia del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero las desmedidas proporciones que, bien á pesar nuestro, vá tomando este discurso, nos vedan extendernos más en esta parte de nuestro trabajo, haciendo únicamente observar, para terminarla, que los llamados productos ultramarinos cambiaron del todo el régimen dietético en los pueblos europeos. El azúcar, el café, la patata, el tabaco y otra infinidad de productos, son hoy artículos de primera necesidad.

Por estas ligeras consideraciones puede fácilmente comprenderse lo mucho que significa, y la importancia inmensa del descubrimiento de la América por los españoles.

II.

Nada demuestra tanto la importancia del descubrimiento de la América como el estudio profundo del carácter moral de los indios, estudio que nos proponemos

(1) Aguardamos con impaciencia los tomos de la excelente *Historia Crítica de la literatura Española*, única en su género, debida á la bien cortada pluma del diligentísimo señor doctor D. José Amador de los Ríos, Decano de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, en que este distinguido escritor habrá de estudiar con el profundo y sábio criterio que le caracteriza, los progresos de las letras en el Continente americano; á partir desde el descubrimiento del Nuevo Mundo.

hacer en esta segunda parte de nuestro discurso, consultando, como lo pide el tema, las opiniones de los historiadores y teólogos acerca del particular. Tarea es esta, sobre inagotable, de difficilísimo desempeño, cuando son tantas y tan encontradas las autoridades: y las pasiones de los partidos, y los ódios de nacion á nacion, y la antipatia de razas, están interesados en la solución de tan debatido problema. Afortunadamente para nosotros, la crítica histórica moderna, ménos apasionada, y por lo tanto, más libre que en los siglos anteriores, y con un caudal mayor de ilustracion, siguiendo vias, antes ignoradas, en sus juicios é investigaciones, nos hace ménos impropio nuestro trabajo.

Para estudiar con el debido acierto este importantísimo punto de historia interna, hemos acudido á las fuentes, examinando con cuidado las tradiciones recogidas por nuestros primeros historiadores de Indias, y los monumentos existentes en las ruinas que describen los viajeros (1), no ménos que las discripciones, tan verdílicas como llenas de interés, que se leen en los cronistas, y en los conquistadores mismos, desde Cristóbal Colon y Cortés, hasta Vasco Nuñez de Balboa y Pedrarias Dávila; desde Gómara y Oviedo (2), hasta Herrera y Solís.

(1) Entre otras obras que hemos consultado para ilustrar este punto, debemos mencionar muy especialmente los viajes de Guillermo de Humboldt.

(2) De la obra de Oviedo hemos leído la primera parte, impresa en Sevilla en 1535, en casa de Juan Cromberger. El señor doctor D. José Amador de los Ríos prestó un inmenso servicio á la literatura histórica, publicando en Madrid 1851,-

Comparando las relaciones de todos, podremos reducir á dos clases los diferentes juicios, que sobre el carácter moral de los indios se han emitido. Refiérense á la primera clase los juicios de los historiadores; corresponden á la segunda los de los teólogos y misioneros. Pintan en general á los indios los primeros, como hombres de tan feroces instintos, de pasiones tan groseras, de tan limitadas facultades intelectuales y morales, que seria punto ménos que imposible reducirlos á condicion social civilizada, ni aun en sus más informes elementos. Casi hay quien se atreve á negarles la condicion y derechos de hombres. Los misioneros y teólogos en general, al contrario: ven en los indios unos hermanos á quienes deben convertir y educar; de instintos groseros y salvajes ciertamente, pero de costumbres sencillas, y felizmente dotados para tomar parte en el comercio y vida de las naciones civilizadas. Unos y otros juicios, tan opuestos y contradictorios como aparecen, tienen su explicacion bien sencilla y natural.

En efecto: los primeros historiadores, conquistadores á la vez, juzgaban por las impresiones del momento, que no podian ser más favorables, si se tienen en cuenta las infinitas preocupaciones de la educacion de la época; y no olvidando principalmente que su carácter de soldados, y los inflexibles deberes de la disciplina les hacian ser con frecuencia duros con los indigenas, los cuales á su vez espiaban la ocasion más

1855, cuatro tomos en fólío mayor, la obra completa del primer cronista del Nuevo Mundo, que tambien hemos leído.

propicia de tomar terrible venganza. Por el contrario, el único móvil que al misionero conducia á aquellas apartadas regiones, era la caridad más acendrada, que les hacia no ver los defectos de los indios, ó que por lo ménos, les aconsejaba aminorarlos.

Hay más: segun las primeras impresiones, los unos proponian un plan de conducta y gobierno, bien opuesto en verdad á las suaves prescripciones del Evangelio; y como ponderando los fieros instintos y carácter moral de los indios, se pedia para los desgraciados indigenas la coaccion, la violencia, los duros tratamientos, la servidumbre y aun la esclavitud con todos sus rigores: hé aquí cómo para librarlos de tantos males se esforzaron los misioneros y teólogos por hacer de sus costumbres una pintura evidentemente exagerada.

La pasion dirigió entónces la pluma de los escritores, así historiadores como teólogos; lo cual naturalmente dañó á la verdad de los hechos, siendo tarea bastante difícil, casi desesperada, pero noble y digna, la de aquellas personas que, sin otro interés que el de la verdad, consagran sus vigiliass en esclarecer un punto tan debatido y de tan trascendentales consecuencias para el juicio que la historia imparcial deberá pronunciar sobre nuestra dominacion en la América.

Puede darnos una idea de la mucha parte que tomó la pasion en estas encontradas opiniones, la polémica sustentada, con escándalo universal, entre Ginés de Sepúlveda, cronista del emperador Carlos V, y Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa. Sostiene el primero en su «Historia de la guerra de las Indias» y en el

«*Democrates secundus, seu justis belli causis*» que la guerra hecha á una raza tan degradada y de instintos tan bárbaros, es justa. Para contestar á los cargos dirigidos por Sepúlveda contra los indios, el obispo de Chiapa escribió una apología de ellos, que como todos los escritos del buen dominicano, es una invectiva llena de pasión contra los conquistadores. Debemos hacer constar que el emperador, que había ordenado una conferencia pública en Valladolid, compuesta de teólogos y legistas, para examinar las proposiciones de los dos contendientes, decidió en favor de los indios, dando nuevas pragmáticas y leyes en favor de su libertad.

Por querer generalizar demasiado, hánse cometido errores de mucho bulto, empeñándose algunos historiadores, entre otros el diligentísimo escocés Robertson (1), en ver una civilización, *una* en todo el continente americano, y por consiguiente las mismas costumbres, la misma religión, idénticas instituciones. La verdad es, que las costumbres, la religión, y hasta el idioma, variaban en los diferentes pueblos de América, según los grados de longitud y latitud. Tenía razón la Condamine (2), al decir que para dar una idea exacta de las costumbres de los americanos, convendría hacer tantas descripciones, como naciones había entre ellos.

Por esta causa hemos procurado estudiar las descripciones de costumbres y caracteres locales, de ins-

(1) Robertson, *History of America*.—Londres, 1777.

(2) *Relation d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amerique Meridionale*.—Paris, 1745.

tituciones y religion, que se leen en los primeros cronistas y conquistadores del Nuevo Mundo.

Al llegar á esta parte de nuestro discurso confesamos con ingenuidad haber vacilado por mucho tiempo sobre el método que deberíamos seguir. Contentarnos con lo dicho nos parecia excesivamente poco. Era demasiado generalizar, era ver una pintura demasiado fantástica, mejor dicho, demasiado apasionada de los indios. Era, por otra parte, ocasionado á un error gravísimo, cual seria atribuir á todos los teólogos las opiniones que sólo la generalidad de ellos sustentó, é igualmente á todos los historiadores, no teólogos, lo que únicamente era expresion de la mayor parte.

En efecto, teólogos ha habido que sostuvieron, tanto en sus escritos como en públicas conferencias, las opiniones de los historiadores más exageradamente contrarios á los indios. No todos los teólogos eran como fray Bartolomé de las Casas, ó fray Bernardino de Sahagun. Ni los Franciscanos se mostraron tan ardientes partidarios de la libertad de los indígenas, como los Dominicos. Recuérdese á este propósito la ruidosa disputa entre fray Bartolomé de las Casas y el obispo del Darien.

Ni todos los historiadores pensaban tan desfavorablemente de los indios como Ginés de Sepúlveda, Oviedo ó el conquistador Vasco Nuñez de Balboa. Herrera, aunque no desconoce muchos de los defectos del carácter moral de aquella raza, es el intérprete más fiel de las doctrinas del obispo de Chiapa.

Pero si este método presentaba sus inconvenientes,

no siendo los de ménos bulto, el ser algun tanto ocasionado á errores, segun acabamos de ver; el empeñarnos en emitir la opinion individual de todos y cada uno de los historiadores, así teólogos como juristas, seria tarea impropia de nuestro discurso, mejor dicho, el discurso dejaria de serlo, para formar una obra de muchísimos volúmenes.

Por esta razon, huyendo de semejantes extremos, y limitándonos á remitir al lector á las numerosas obras que dejamos citadas (1), describirémos ciertos rasgos del carácter moral de los indios de las islas, y de algunos otros paises donde vivian una vida salvaje, tomando semejantes descripciones de los que primeramente descubrieron aquel país; y despues darémos una ligerísima idea de las instituciones y vida religiosa, política y civil de los pueblos que podemos llamar cultos, singularmente de Méjico y el Perú, generalizando en cuanto nos sea posible, y haciendo nuestras las interminables descripciones que hemos leído en las historias que dicen relacion con las cosas de América, desde las preciosísimas cartas de Hernan Cortés al Emperador, hasta el clásico libro del escocés Robertson; y desde las primeras crónicas de Gómara y Oviedo, hasta los trabajos del mejicano D. Lucas Aleman, y de nuestro compatriota D. Rafael Baralt.

Preferimos entre todas las descripciones de Colon

(1) Una de las obras que con más fruto pueden consultarse en esta materia, es la «Política indiana» de D. Juan Solórzano Pereira, y las Décadas de D. Hernando de Herrera.

las que hace de los indios de las islas en su carta al escribano de racion de los Reyes Católicos, porque el Almirante generaliza aquí más que en su Diario, y en otros de los innumerables documentos que emanan de su pluma (1). Navarrete inserta dicha carta en el tomo I, de su Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Describiendo las costumbres de las islas de San Salvador, Santa María de la Concepcion, Fernandina, Isabela y la Juana, dice el Almirante: «La gente desta isla y de todas las otras que he fallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus padres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar con una hoja de yerba ó una cosa de algodón que para ello hacen ellos. Non tienen fierro ni acero; armas, ni son para ello; non porque sea gente bien dispuesta y de fermosa estatura, salvo que son muy temerosos á maravilla. Non tienen otras armas, salvo las armas de las cañas cuando están con la simiente, á la cual ponen al cabo un palillo agudo, y no osan usar de aquellas: que muchas veces me acaeci6 enviar á tierra dos ó tres hombres á alguna villa, para haber fabla, y salir á ellos dellos sin número, y despues que los veian llegar fuian á non aguardar padre á fijo; y esto no porque á ninguno se haya fecho mal, antes á todo cabo adonde yo haya estado y podido haber fabla, les

(1) Las descripciones que elegimos son aquellas que parecen menos apasionadas y más ingenuas: aquellas que no se escribieron obedeciendo á las preocupaciones que con frecuencia cegaron á teólogos é historiadores.

he dado de todo lo que tenia, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que despues que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerán sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan pidiéndosela jamás dicen de nó; antes convidan á la persona con ello y muestran tanto amor que darian los corazones; y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosa de cualquier manera que sea que se les dé por ello, son contentos (1).»

Ocupándose de los habitantes de la Española y de las islas Caribes, se expresa en los siguientes términos:

«En todas estas islas me parece que todos los hombres son contentos con una mujer, y á su mayoral ó rey dan fasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres; ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenia todos hacian parte, en especial de las cosas comederas. En estas islas fasta aquí no he fallado hombres mostrudos como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento: ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos correndíos, y no se crián adonde hay espeto (calor) demasiado de los rayos solares; es verdad quel sol tiene allí gran fuerza, puesto que distante de la línea equinoccial veinte é seis grados: en estas islas, adonde hay montañas grandes,

(1) Fernandez Navarrete, «Viajes y descubrimientos,» tomo I, pág. 316.

ahí tenia fuerza el frio este invierno, más ellos lo sufren por lá costumbre é con la ayuda de las viandas, como son especias muchas y muy calientes en demasia: así que monstruos non he hallado ni noticia, salvo de una isla ques aquí en la segunda cala, entrada de las Indias, ques poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carnen viva. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India, y roban y toman cuanto pueden. Ellos non son más disformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo, por defecto de fierro que non tienen. Son feroces entre estos, otros pueblos que son en demasiado grado cobardes, más yo no los tengo en nada más que á los otros. Estos son aquellos que trocaban las mujeres de matrimonio, ques la primera isla, partiendo de España para las Indias, que se falla, en la cual non hay hombre ninguno. Ellas non usan ejercicio femenino, salvo arcos y flechas, como los sobre-dichos de cañas, y se arman y cobijan con láminas de alambre de que tienen mucho (1).

El doctor Chanca, físico de la armada de Cristóbal Colón, escribe la relacion de su segundo viaje en carta dirigida al cabildo de Sevilla. Sobre esta relacion escribió la suya Pedro Martir de Anglería. La carta de Chanca inspira suma confianza aún á los criticos más exigentes, pues las dotes morales del doctor, así como su

(1) Ibid., págs. 319-320.

talento y largos estudios, no ménos que el haber visto todo lo que cuenta, hacen de él un testigo abonado de toda excepcion. Describe á grandes rasgos las costumbres de los habitantes de las muchas islas recorridas por Cristóbal Colon en este segundo viaje, principalmente de los de la Dominica, Marigalante, la Guadalupe, Monserrate, Santa Maria la Redonda, Santa Maria la Antigua, San Martin, Santa Cruz, Burequen, etc., etc. (1), En lo esencial no se diferencian las costumbres de estos naturales de los de las islas descubiertas en el primer viaje de Colon; y la relacion verídica de Chanca confirma la exactitud de la pintura hecha por el Almirante. Del breve cuanto concienzudo trabajo (2) del físico de la armada de Colon, sólo extractarémos la interesante descripcion que hace del carácter moral de los pobladores de las islas Caribes, con más conocimiento de causa que el Almirante lo hizo en su primer viaje, en cuya relacion con candorosa ingenuidad, que prueba más que todo en favor de la veracidad, dice que sólo habla *por lengua que habia tomado*. Dice así el doctor Chanca: «La costumbre desta gente de Caribes es bestial: son tres islas; esta se llama Turuqueira, la otra que primero vimos se llama Ceire, la tercera se llama Ayay: estos todos son conformidad como si fuesen de un

(1) No todas estas islas conservan hoy los nombres que les dió el Almirante. Así es, segun hemos visto, como la isla Juana es la que llamaban los naturales, y hoy tambien llamamos *Cuba*; y la de Burequen se llama Puerto Rico, etc.,

(2) Inserta Navarrete este viaje desde la página 347 hasta la 372 del tomo I.

linaje, los cuales no se hacen mal; unos é otros hacen guerra á todas las otras islas comarcanas, los cuales van por mar ciento é cincuenta leguas á saltar con muchas canoas que tienen, que son unas fustas pequeñas de un solo madero. Sus armas son frechas en lugar de hierros: porque no poseen ningun hierro, ponen unas puntas fechas de huesos de tortuga los unos; otros de otra isla ponen unas espinas dentadas, que así lo son naturalmente, á manera de sierras bien recias, que para gente desarmada como son todos, es cosa que les puede matar é hacer harto daño; pero para gente de nuestra nacion no son armas de mucho temer. Esta gente saltea en las otras islas, que traen las mujeres que pueden haber, en especial mozas y hermosas, las cuales tienen para su servicio é para tener por mancebas; é traen tantas que en cincuenta casas ellos no parecieron, y de las cativas se vinieron más de veinte mozas. Dicen tambien estas mujeres que estos usan de una crueldad que parece cosa increíble; que los hijos que han en ellas se los comen; que solamente crían los que han en sus mujeres naturales. Los hombres que pueden haber, los que son vivos llévanselos á sus casas para hacer carnicería dellos, y los que han muertos luego se los comen. Dicen que la carne del hombre es tan buena que no hay tal cosa en el mundo; y bien parece porque los huesos que en estas casas hallamos, todo lo que se puede roer, todo lo tenían roído, que no habia en ellos sino lo que por su mucha dureza no se podia comer. Allí se halló en una casa cociendo en una olla un pescuezo de un hombre. Los mochachos que captivan córtanlos el miem-

bro, é sírvense de ellos fasta que son hombres, y después cuando quieren facer fiesta, mátanlos é cómenselos, porque dicen que la carne de los mochachos é de las mujeres no es buena para comer. Destos mochachos se vinieron para nosotros huyendo tres, todos tres cortados sus miembros (1).

Vasco Nuñez de Balboa, uno de los hombres que más gloria alcanzaron en el hecho del descubrimiento de América, fué no sólo campeón esforzado, sino también hasta cierto punto historiador. La carta que, con ocasión de sus desavenencias con Diego de Nimesa y Alonso de Ojeda, dirige al Monarca para sincerarse de los cargos que aquellos le hacían, es un documento apreciablesísimo para la historia. Nosotros nos contentamos con extraer los párrafos en los cuales habla de las costumbres de los habitantes de la América Central. «Este cacique (Davaive) coge este oro porque está apartado de la tierra, é la manera como lo ha es que dos jornadas de allí hay una tierra muy hermosa, en que hay una gente que es muy caribe y mala, comen hombres cuantos pueden haber: esta es gente que está sin señor y no tiene á quien obedecer. Es gente de guerra; cada uno vive sobre sí (2).» «La gente que hay por

(1) Ibid., págs. 353-354.

(2) Carta dirigida al Rey por Vasco Nuñez de Balboa desde Santa María del Darien, pidiendo los auxilios necesarios para asegurar la población y adelantar los descubrimientos en aquellas tierras. Insértala Navarrete en la obra citada, tomo III, págs. 363 y siguientes.

este río grande arriba, dice más adelante (1), es mala y es gente de guerra; es menester mucha maña para con ellos: de otras muchas cosas tengo nuevas, y no me certifico fasta que más enteramente lo sepa, y creo se sabrá, mediante Dios.» Todavía despues insiste sobre el mismo tema. «En lo que toca de ciertos indios que hay en ciertas provincias que comen los hombres, y otros que están en la culata del golfo de Urubá, y en los anegadizos del río grande de San Juan, y otros anegadizos que hay en algunas de este río y muy grandes y muchas, y de otros anegadizos que hay á la redonda deste golfo, que están fasta entrar en la tierra llana de la provincia de Davaive, que estos todos tienen labranzas ningunas, ni se mantienen de otra cosa sino del pescado, y con el pescado van á rescatar maíz: es gente sin ningund provecho. Y fassen más, que en pasando canoas de cristianos por este río grande de San Juan, salen con sus canoas y los corren, y nos han muerto algunos cristianos. Adonde es la tierra de los indios que comen los hombres es muy mala é desaprovechada, adonde en ningund tiempo podria haber ningund provecho: asimismo estos indios del Caribana tienen bien merecido mil veces la muerte, porque es muy mala gente, y han muerto en otras veces muchos cristianos, y algunos de los nuestros á la pasada cuando allí perdimos la nao; y no digo darlos por esclavos segund es mala casta, mas aun mandarlos quemar á todos, chicos y grandes, porque no quedase memoria de tan mala gente.»

(1) Ib., pág. 365.

Pascual de Andogaya, Adelantado de Pedrarias Dávila, escribió una relacion, en que, á vueltas del ódio que respiran todas sus cláusulas contra el impertérito descubridor del mar del Sur, se encuentran noticias sumamente curiosas y de subido valor histórico, relativas á las costumbres y carácter moral de los naturales del Centro de América. «La gente desta tierra son casi á la manera de los de la Dominica, son flecheros y de yerba. Aquí se hallaron ciertos paños y las sillas en que se sentaba el demonio, figurado en ellas de la manera que á ellos se les aparescia; y aunque ellos no le adoraban por ser cosa que se les aparescia y hablaba con ellos, tomaban la figura dél y la ponian en sus paños (1).» «Esta gente era, dice en otra parte de la misma relacion, de mas policia que la de Santa Marta y de aquella costa, porque las mujeres andaban muy bien vestidas de los pechos abajo con mantas labradas de algodón, y dormian en camas de algodón muy bien labradas: estas vestiduras de las mujeres llegaban hasta cubrirles los pies; y los pechos y los brazos traian sin ninguna vestidura (2).

Nos haríamos interminables si quisiéramos trascribir todo lo que sobre usos, costumbres, religion, idiomas, etc., no sólo de estos pueblos; sino tambien del Perú y Chile, dice el Adelantado. Copiarémos algunos

(1) Relacion de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra Firme ó Castilla del Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua, escrita por el Adelantado Pascual de Andogaya.— Fernandez Navarrete, tomo III, págs. 393-156.

(2) Ib., pág. 397.

de los párrafos más importantes. «Los señores en su lengua se llamaban Tiba; y los principales de linaje se llamaban Piraraylos, que por valientes hombres ganaban nombradía en la guerra; y si había muerto alguno, ó él hubiese salido herido de la batalla, por honrarlos el señor les daba casa y servicio, y por título les daba nombre *Cabra*: vivían en mucha justicia, en ley de naturaleza sin ninguna ceremonia ni adoración (1). Tenían (los señores) matrimonio que tomaban una mujer, con la cual se hacía fiesta el día de su casamiento; que se juntaban todos los parientes della, y esta había de ser de las principales de la tierra; y hacían gran convite de beber, y los padres la traían y entregaban al señor ó al que había de ser su marido; y los hijos destas eran los que heredaban el señorío ó la casa. Tomaban otras muchas mujeres los señores sin esta ceremonia, que residían y estaban con la mujer principal, la cual por ninguna manera las había de pedir celos ni tratar mal, mas de que las mandaba y la obedecían como á señora. Los hijos destas se tenían por bastardos, y no heredaban ninguna cosa de los padres, con los de la mujer principal... La sodomía tenían por mala, y vituperaban al que en ella tocaba, y así eran limpios deste pecado. Había aquí algunos particulares que se hacían maestros, que ellos les llamaban *Tequina*, que les decían que hablaban con el diablo, al cual llamaban en su lengua *Tuira*, y este tenía una choza muy pequeña sin puerta, y por arriba sin ninguna cobija, y este se metía

(1) Ib., pág. 398.

allí de noche , y hacia que hablaba con el diablo , y mudaba muchas maneras y tonos de hablar , y decia al señor lo que á él placia , diciendo que el diablo le respondia aquello. En estas proveineias habia brujas y brujos , que hacian mucho dagno en las criaturas y aun en la gente mayor por inducimiento del diablo , y traíales el diablo sus unciones con que se untaban , las cuales eran de ciertas yerbas... Queriendo saber destas gentes si tenian alguna noticia de Dios , se halló que tenian noticia del deluvio de Noé , y que se acogió en una canoa con su mujer é hijos , y que despues se habia multiplicado el mundo de estos ; y que habia en el cielo un Señor que ellos le llamaban *Chipiripa* , y que hacia llover y las otras cosas que del cielo bajaban... Habia en esta tierra una costumbre , que cuando moria un señor , las mujeres que presumian que le querian más , de su propia voluntad se enterraban con el marido , diciendo que iban con él á le servir... Nenguna ceremonia tienen en esta tierra mas de vivir en ley de naturaleza , guardando el no matar , ni hurtar , ni tomar la mujer ajena : testimonio no saben que es ; pero tienen por muy malo el mentir... La gente era belicosa , porque siempre tenian guerra unos señores con otros sobre los términos... La gente de esta provincia y la de Burica hasta allí eran casi todos de una manera en el traje y costumbres ; era gente ajudiada , y las mujeres traian por vestidura un braguero con que tapaban sus vergüenzas , y los hombres desnudos. »

Los documentos que acabamos de citar extractándonlos en la parte que dice relacion con las costumbres

y carácter moral de los americanos, si son importantes para la historia, no son la historia propiamente dicha; sino tan sólo materiales de ella, ciertamente preciosísimos, pero al fin materiales. Lo mismo podemos decir de las interesantísimas cartas-relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, y de los no menos importantes comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Pero ya á la raíz de los acontecimientos, y escritas por los hombres mismos de la conquista, aparecen verdaderas historias llenas de encanto, interés y verdad; historias tan ricas de datos, y hasta, nos atreveremos á decirlo, tan filosóficas en su espíritu, que nada absolutamente conocemos superior á ellas en aquella época, ni aún en muchos años despues.

No obstante, aquí debemos poner término al extracto que venimos haciendo de los diferentes juicios emitidos acerca del carácter moral de los indios. Otra cosa seria punto menos que imposible. Aparte de que es un hecho que los historiadores coetáneos se inspiraron en estas primeras relaciones, y apenas hacen otra cosa que trasladar á las páginas de sus inmortales obras las impresiones de los primeros conquistadores.

Entre los historiadores se distinguen principalmente Oviedo y Herrera, por los diferentes y aun opuestos juicios que en sus libros emiten acerca del carácter moral de los indios.

Oviedo es el intérprete más fiel de las opiniones expuestas por los historiadores á propósito de esta materia. El, en efecto, vé en el pueblo americano una raza en extremo degradada y envilecida hasta tal punto, que la

crea incapaz de poder ser civilizada, ni aun de comprender, ménos de practicar, las máximas augustas de felicidad y progreso de nuestra veneranda Religión.

Sabemos de qué manera se ha querido poner en duda la veracidad de Oviedo, exagerando sus exacciones, y aun rapacidad, de cuyos cargos únicamente podía sincerarse, ponderando la lascivia, brutalidad, salvajismo y degradación de los indios.

No negaríamos que haya algun tanto de exageración en las descripciones de costumbres y carácter moral de los indios; quizá el historiador se complacia más de lo que la imparcialidad consiente, en aquellos cuadros de familia impresionados de repugnante lubricidad, donde habla de los «matrimonios de los indios» y de sus ritos y abominaciones idolátricas. Pero el ser testigo presencial de casi todo lo que cuenta, el abonar con otros testigos igualmente presenciales la sustancia de sus narraciones; su larga permanencia en aquellos países; su mucha experiencia y grande ilustración, hacen de Oviedo un historiador mucho más digno de fé que sus vanos y sistemáticos detractores, que no lo son con otro fin que con el de condenar la política de España en las cosas de América.

Así como Oviedo es el eco fiel de las opiniones extremas de los historiadores de la escuela jurídica de Roma, así Herrera lo es de la escuela teológica. En su obra inmortal se reflejan perfectamente las opiniones de del buen Obispo de Chiapa. El que quiera ver cuánto se esmeraron los españoles en civilizar cristianamente á los indios, que lea las Décadas del célebre cronista. De-

bieran callar los eternos enemigos de nuestras cosas sabiendo que mientras los legisladores de Indias para nada tuvieron en cuenta la obra de Oviedo, se inspiraron en las doctrinas de fray Bartolomé de las Casas, y por lo tanto en las Décadas de Herrera.

Dada ya una idea del carácter moral de los indios de las islas y del Continente, que vivían en un estado completamente salvaje, cúmplenos ahora, para completar el cuadro y concluir esta parte de nuestro discurso, hacer una ligerísima reseña de las instituciones de los pueblos más civilizados del mundo descubierto por Colon, es á saber: de Méjico y el Perú. De ningún modo puede conocerse mejor el carácter moral de un pueblo que estudiando el espíritu de sus instituciones. Por eso, ya que aquellos dos pueblos singulares y tan extraordinarios de la América nos presentan algunas, muy dignas por cierto del estudio del filósofo, del teólogo, del jurisconsulto, del político y del historiador; vamos á bosquejarlas nada más, haciendo una síntesis última de lo mucho que acerca del particular hay escrito, puesto que hacer otra cosa, según hemos dicho, sería traspasar los límites en que debemos encerrar nuestro discurso.

Según los estudios filosóficos y etnológicos que tan grandes progresos han hecho en nuestros días, los aztecas y peruvinos, que se establecieron respectivamente en Méjico y el Perú, lo verificaron muy posteriormente á otras tribus, como la de los toltecas, tchichemecas, tlascaltecas, acoulues, y otras. La de los aztecas es verosímil que no haya pisado el Continente americano antes del siglo XIII.

Eran los hombres de la raza azteca de bellisimas proporciones, bien conformados, de mirada penetrante, noble aspecto, color aceitunado, poca barba, y blonda y espesa cabellera. Con el maxtlatl, que era un pedazo de tela, ceñian sus riñones, y con el titmatli tambien de tela, cubrian los hombros. Adornaban con extraordinaria profusion todo su cuerpo de láminas de oro y piedras preciosas, y la cabeza con plumas de mucha variedad de colores. Su principal ocupacion era la agricultura, cultivando sobre todo el maiz, cacao y ciertos árboles, de cuya corteza fabricaban telas para cubrirse.

Su idioma era extraordinariamente rico y armonioso, con un tinte de melancolía que se prestaba muy bien para la expresion de una poesía llena de sentimiento.

Su religion era un conjunto de prácticas supersticiosas, y sus sacrificios tan crueles é inhumanos, que nos resistiríamos á creerlos si no estuviese este hecho plenamente confirmado por testimonios irrecusables. Véase lo que testigos oculares y de toda excepcion nos dicen del templo consagrado en Méjico á Tezcatlipoca, una de sus principales divinidades despues de Tiolt. Era de tan inmensa extension, que su área podria bastar para edificar en ella 500 casas de regulares proporciones. En la parte exterior de sus inexpugnables muros de piedra, figuraban en nichos, como trofeos consagrados al Dios, serpientes y otra multitud de animales inmundos. A la entrada del templo se veian las cabezas de las víctimas humanas sacrificadas en aras de aquel sanguinario ídolo. Si hemos de creer á nuestros sinceros y verídicos historiadores, testigos oculares de los

hechos de la conquista, no bajaban, cuando Cortés entró en Méjico, de 130.000 el número de cabezas humanas allí depositadas. Horroriza leer la descripción que de aquellos sacrificios vemos en Gómara y otros historiadores. Según los cálculos ménos exagerados, en la dedicación del templo fueron sacrificadas 60.000 víctimas humanas, sin que bajaran de este número las que se inmolaban todos los años.

Tenían otra multitud de prácticas religiosas y morales. Se recomendaba principalmente el ayuno, las oraciones, las limosnas, el respeto á los mayores y superiores, y el amor á sus semejantes.

La educación era severa desde el hijo del príncipe (1) hasta el último vasallo.

El imperio mejicano era una federación de tres pueblos principales: Méjico, Tezcucó y Tacuba. Pero la principal era Méjico, en cuya capital, Tenoxtiltán (Méjico), residía el emperador, que ejercía un poder ilimitado y despótico, en lo religioso, en lo civil y en lo militar; si bien hasta cierto punto la justicia era independiente y administrada por tribunales de una manera rápida é igual para todos; y severa, y aún cruel en ciertos delitos, como los de falsificación, abuso del poder, y contra las costumbres públicas.

(1) Es sumamente curiosa la descripción que hace Gómara de las penitencias á que tenía que someterse el príncipe los días que precedían inmediatamente á su reconocimiento como Emperador. Es también muy curioso ver los ayunos, maceraciones y penitencias á que con frecuencia se entregaba la masa del pueblo mejicano.

No es ménos digna de estudio que la mejicana la civilizacion del imperio de los Incas; ni tampoco menos rica su literatura histórica. Francisco de Xerez, Pedro Sanchez, Agustin de Zárate, Pedro de Cieza, Diego Fernandez y otros muchos, sorprendieron la riquísima civilizacion de aquel poderoso imperio, haciéndonosla admirar; así que supieron interesarnos en el estudio de las antigüedades mejicanas Fernan Cortés, Bernal Diaz del Castillo, Francisco Lopez de Gómara, y tantos otros.

Del exámen de estos autores, auxiliado de las ciencias filológicas y etnológicas, parece deducirse que los peruvinos indígenas eran una raza semisalvaje, y con instintos opuestos á toda idea civilizadora, hasta que apareciendo en el lago Titicaca Manco-Capae y Mama-Oello, pudieron reducir aquella tribu indómita á una condicion social, enseñándoles la nocion de Dios, un idioma, la agricultura, y hasta principios de arte y de poesia. Juntamente enseñaron á rendir al Inca una especie de adoracion, de tal suerte, que toda ofensa hecha al Inca era considerada como hecha á la divinidad, y se castigaba con pena capital.

El suelo estaba dividido en tres partes. Una pertenecia al Inca, otra á los sacerdotes, y otra al pueblo, cuya tercera parte se distribuia de nuevo cada año.

Cuanto más se estudian las ruinas y restos de la civilizacion peruvina, más se vé allí un pueblo perfectamente teocrático.

Aun quando no era el culto tan supersticioso, y sobre todo tan cruel como en Méjico, sin embargo, no estaba purgado, ni de supersticiones, ni de crueldades.

III.

Llegamos por fin al punto más espinoso de nuestro trabajo: al estudio del carácter de la conquista del Nuevo Mundo, verificada por los españoles. Cuando la crítica en sus investigaciones, en vez de buscar desapasionadamente y con afán la verdad, se propone desfigurarla, rebuscando hechos aislados, excepciones de leyes y principios generales, á que en su marcha de constante progreso obedecen todos los pueblos cultos; el caos sustituye á la luz, la confusión á la claridad, la noche al día: en una palabra, la pasión y la parcialidad, que es la muerte de la historia, á la candorosa ingenuidad, perfume el más suave de la ciencia que cultivaron con tanta fortuna Herodoto, Tito Livio y nuestros primeros cronistas de la conquista del Nuevo Mundo.

Tal acaeció precisamente con el hecho que estamos historiando. Desconociendo los bienes inmensos que la conquista de los españoles produjo en el Nuevo Mundo, algunos pseudo-historiadores extranjeros, acumulando falsedades sobre falsedades, calumnias sobre calumnias, consiguieron alucinar á muchos incautos, que de buena fé dieron asenso á unos testimonios debidos á la envidia con que se miraban nuestras inmarcesibles glorias, y al odio que les inspiraba la idea eminentemente cristiana y católica, que es la que más resalta en el hecho de la conquista de América por los españoles. De

aquí esa atmósfera densísima, casi impenetrable, que envolvió un hecho que debiera enorgullecernos á todos cuantos de españoles nos preciamos.

De buena gana entraríamos en comparaciones, si los límites de este discurso lo consintieran, y echaríamos una mirada retrospectiva sobre las conquistas de los pueblos antiguos del Oriente; de Grecia y Roma; de los pueblos de la edad media y de la edad moderna; y veríamos entónces que las miras verdaderamente civilizadoras fueron los móviles de las conquistas de los españoles, mucho más que de los otros pueblos. ¿Cómo se atreven á hablar de crueldad, tratándose de la conquista de América, los ingleses, tan inhumanos, tan crueles, que en las regiones de aquel riquísimo continente, posteriormente por ellos conquistadas, no dejaron vestigios de la raza indígena? ¿Cómo ponen en sus labios la palabra *avaricia*, *sórdido y vil interés*, los historiadores alemanes, que, con gigante inteligencia, pero con pequeñísimo corazón y sin entrañas, por todas partes en sus conquistas llevaron la desolación, el robo y el saqueo? Dejemos á los franceses, cuyas plumas son movidas únicamente por la envidia de las glorias que nuestras armas allende el Atlántico nos conquistaban. «Quisiera, decía Francisco I, ver el testamento en que nuestro padre Adán dejó como patrimonio de los Reyes de España y Portugal la rica herencia del Nuevo Mundo.» Lo más sensible del caso es que algunos hijos desnaturalizados de España hayan hecho coro con las calumnias inventadas por los extranjeros, émulos de nuestras glorias; y no sólo esto, sino que esas calum-

nias, esos dieterios, esa maledicencia insana, haya tomado pié del testimonio de un historiador que todo él era caridad hácia los indios; pero que al propio tiempo carecia del vulgarísimo criterio de ir á la caridad por medio de la verdad, buscando, bien al contrario, la caridad por los tortuosos senderos de la mentira y la difamacion.

Si hubiéramos escrito este discurso cincuenta años hace, nuestra principal tarea se reduciria á desenredar el tejido de falsedades de que fray Bartolomé de las Casas se hace eco, á veces de buena fé. Pero hoy, en que la buena crítica ha ganado tantos y tan valiosos prosélitos; hoy, que los más hipócritas panegiristas de la caridad del buen Obispo de Chiapa, se ven obligados á confesar muchos de los errores groseros de todas clases en que incurrió, y el calor y apasionamiento con que tomó la defensa de los indios contra los legisladores é historiadores, que para pronunciar su fallo sobre el trato que debiera darse á los indígenas, acudian á las fuentes del derecho romano; nos ahorraremos esta tarea: y en vista de los hechos aducidos, y de otros de que harémos mérito, entraremos desde luego á demostrar, que lo que verdaderamente constituye el carácter especial de la conquista de la América verificada por los españoles, es el haber sido esta llevada á cabo por la gran masa popular, cuya actividad era llamada á realizar, tras una guerra de ocho siglos dentro de la Península, los altos fines de una civilizacion fortalecida por la doctrina del Evangelio.

Es indudable que en otro pueblo dotado de instin-

tos menos generosos que los del español, la ardiente polémica entablada entre Ginés Perez de Sepúlveda y fray Bartolomé de las Casas, entre los teólogos y los juristas é historiadores, habria terminado de una manera fatal para la causa de los indios: y que las juntas de teólogos y jurisconsultos convocadas y habidas en Sevilla, en Valladolid, en Salamanca, en Barcelona, en Madrid, en Toledo y en otras muchas partes del antiguo y aún del nuevo Continente, de orden de los Reyes Católicos, de Carlos I, de los tres Felipes, II, III y IV, de Carlos II y de los sucesivos Monarcas; habrian retardado el mejoramiento de la condicion social de los americanos. Pero la verdad es, que despues de tanto como se ha declamado contra las *atrocidades* de los españoles en América, y del exterminio de los *infelices* indios, y de la tiranía ejercida de consuno por los reyes, vireyes y gobernadores; no vá por cierto más allá en la proteccion de los indios el apasionado dominico, que fueron los legisladores del Nuevo Mundo (1).

Si abrimos la historia de nuestra patria, verémos sin dificultad que sus Monarcas se constituyen en paladines del catolicismo, ya desde los principios de la re-

(1) Véanse las *Leyes* recopiladas que se refieren á los indios, y los inapreciables documentos recogidos [por D. Juan Bautista Muñoz, y depositados en multitud de volúmenes manuscritos en fólío, en la Real Academia de la Historia. Véanse también en casi todos sus capítulos las «*Décadas*» del cronista Herrera y la «*Política Indiana*,» dividida en seis libros, obra escrita por D. Juan de Solórzano Pereira. Madrid, imprenta real de la *Gaceta*, 1776, dos tomos en fólío.

conquista; pero principalmente cuando, desembarazados los españoles del terrible cuanto tenaz enemigo de sus leyes, de sus costumbres y de sus creencias, y conquistado el Nuevo Mundo, España era la nación más poderosa de Europa. En nombre de la idea católica van los invictos Monarcas, Fernando é Isabel, á las playas de Africa, y prosigue su pensamiento el inmortal Gimenez de Cisneros. En nombre de la idea católica tiende Carlos V una mano protectora á los infelices que gemian en las lóbregas mazmorras del terrible Barba-roja. En nombre de la idea católica, el mismo Carlos V, y más aún su hijo Felipe II, se oponen á los progresos de la Reforma, y provocan con semejante objeto la reunion de la más augusta asamblea que presenciaron los siglos, el Concilio de Trento. En nombre de la idea católica, en fin, y para extender el cristianismo principalmente, fué conquistado para España un nuevo y vastísimo Continente. Esto es, y sólo esto, lo que dá fisonomía á la historia de nuestra patria; esto lo que la hizo grande entre los pueblos grandes; esto, y únicamente esto, lo que la constituyó en protagonista de la epopeya más gloriosa que presenciaron los siglos, y de la que son brillantísimos episodios Simancas, las Navas de Tolosa y la conquista de Granada.

Y para que no se diga que declamamos, estudiemos en los documentos mismos oficiales de los primeros tiempos de la conquista de América, el propósito, las nobles miras, los cristianos fines, la ardiente caridad de los Monarcas españoles al prodigar sus tesoros y hasta la sangre de sus vasallos, que la daban gustosos para

tan magnánima empresa, en el hecho de que nos ocupamos.

El pensamiento de convertir á los indios á nuestra augusta religion, es el que descuella en todas las relaciones del Almirante. Dificilmente se leen dos páginas de su interesante Diario sin tropezar con esta idea. En la carta de Colon al escribano de racion de los Reyes Católicos, se lee: «En todas estas islas non vide mucha diversidad de la fechora de la gente, ni en las costumbres, ni en la lengua, salvo que todos se entienden, que es cosa muy singular; para lo que espero que determinarán sus Altezas para la conversion dellas á nuestra Santa Fé, á la cual son muy dispuestos (1).» Así que, dice el fin de la carta, «pues nuestro Redentor dió esta victoria á nuestros ilustres Rey é Reina, é á sus reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristianidad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, dar gracias solemnes á la Santísima Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto su sabiamiento que habrán, ayuntándose tantos pueblos á nuestra Santa Fé (2).» En la carta del Almirante á D. Rafael Sanchez, tesoro-ro de los Reyes Católicos, escribia: «No hay en todas estas islas diversidad alguna en la fisonomía, en las costumbres ó lengua; antes bien, todos se entienden reciprocamente: lo que es en mi dictámen muy ventajoso para que se verifiquen los deseos de nuestro Serenísi-

(1) Véase dicha carta en la obra de Navarrete «Viajes, etc.,» tomo I, pág. 314 de la segunda edicion.

(2) Pág. 320. Esta carta está fecha en la carabela sobre las islas de Canaria, quince de Febrero de 1493.

mo Rey, *reducidos* á que se conviertan ó profesen la Santa Fé de Cristo, á lo que segun mi entender están prontos y dispuestos (1).» En el memorial del Almirante á los Reyes Católicos, dice (2): «Y por que entre las otras islas, las de los Cábales son mucho grandes y mucho bien pobladas, parecerá acá que tomar dellos y dellas, y enviarlos allá á Castilla non seria sino bien, porque quitarse hian una vez de aquella inhumana costumbre que tienen de comer hombres....» A esta y otras consideraciones del Almirante, responden los Reyes Católicos: «Que está muy bien, y así lo debe hacer; pero que procure allá, como, si ser puidiere, los reduzgan á nuestra Santa Fé Católica, y así mismo lo procure con los de las islas donde está.»

Describiendo Cristóbal Colón su tercer viaje, en carta escrita á los Reyes Católicos desde la Isla Española, dice: «Plega á nuestro Señor de dar mucha vida y salud y descanso á vuestras Altezas, para que puedan proseguir esta tan noble empresa, en la cual me parece que recibe nuestro Señor mucho servicio, y la España crece de mucha grandeza, y todos los cristianos mucha consolacion y placer, porque aquí se divulgará el nombre de nuestro Señor (3).» Y más adelante, hácia el

(1) Ib., pág. 335.

(2) Memorial que para los Reyes Católicos dió el Almirante D. Cristóbal Colón en la ciudad de Isabela, á 30 de Enero de 1494, á Antonio de Torres, sobre el suceso de su segundo viaje á las Indias; y al final de cada capítulo la respuesta de sus Altezas.

(3) Ib., pág. 410.

fin, se leen los notabilísimos párrafos siguientes, que deberían acallar ellos solos las vanas declamaciones y calumniosas imputaciones de los eternos enemigos de España:

«Todo esto dije, y no porque crea que la voluntad de vuestras Altezas sea, salvo proseguir en ello en cuanto vivan; y tengo por muy firme lo que me respondió vuestras Altezas una vez que por palabra le decía esto; no porque yo hubiese visto modamiento ninguno en vuestras Altezas, salvo por temor de lo que yo oía destos que yo digo, y tanto dá una gotera de agua en una piedra que la hace un agujero; y *vuestras Altezas me respondió con aquel corazón que se sabe en todo el mundo que tienen, y me dijo que no curase nada deso, porque su voluntad era de proseguir esta empresa y sostenerla, aunque no fuese sino piedras y peñas; y que el gasto que en ello se hacía, que lo tenía en nada; que en otras cosas no tan grandes gastaban mucho más; y que lo tenían todo por muy bien gastado lo del pasado; y lo que se gastase en adelante, porque creían que nuestra Santa Fé sería acrecentada, y su Real Señorío ensanchado; y que no eran amigos de su Real Estado aquellos que les maldecían de esta empresa* (1).»

Bastarian los lugares extractados para demostrar lo que decimos acerca del carácter especial de la conquista de América verificada por los españoles. Sin

(1) Pág. 412.

embargo, háse falseado tanto este punto, calumniaron tanto los historiadores extranjeros y algunos nacionales la memoria de los Monarcas y conquistadores que llevaron á cabo aquel hecho, y son, por otra parte, tan importantes, terminantes y fehacientes los documentos que dan un mentís solemne á las vanas declamaciones de hombres sin conciencia; que no podemos resistir el deseo de seguir tomando, segun se nos presenten, algunos pasajes que acaben de convencer aun á los más preocupados contra la conquista de América verificada por los españoles.

La primera de las instrucciones de los Reyes Católicos al Almirante despues del descubrimiento de las primeras islas, dice así: «Pues á Dios nuestro Señor plugo por su misericordia, descubrir las dichas islas é tierra firme al Rey é á la Reina nuestros Señores, por industria del dicho D. Cristóbal Colon, su Almirante, visorey é gobernador della, el cual ha fecho relacion á sus Altezas que las gentes que en ellas falló pobladas conoció dellas ser gentes muy aparejadas para se convertir á nuestra Santa Fé Católica, porque no tienen ninguna ley ni seta; de lo cual ha placido y place mucho á sus Altezas, porque en todo es razon que se tenga principalmente respeto al servicio de Dios nuestro Señor, é ensalzamiento de nuestra Santa Fé Católica: por ende sus Altezas deseando que nuestra Santa Fé Católica sea aumentada é acrescentada, mandan é encargan al dicho Almirante, visorey é gobernador que por todas las vias é maneras que pudiere, procure é trabaje atraer á los moradores de las dichas islas é tierra

firme á que se conviertan á nuestra Santa Fé Católica, etc. (1).»

En la instruccion de los mismos soberanos al Almirante, fechada á 23 de Abril de 1497, entre otras cosas ordenan : «Primeramente, que como seais en las dichas islas, Dios queriendo, procureis con toda diligencia de animar é atraer á los naturales de las dichas Indias á toda paz é quietud, é que nos hayan de servir é estar so nuestro señorío é sujecion benignamente, é principalmente que se conviertan á nuestra Santa Fé Católica, y que á ellos y á los que han de ir á estar en las dichas Indias sean administrados los Santos Sacramentos por los religiosos é clérigos que allá están é fueren; por manera que Dios nuestro Señor sea servido y sus conciencias se aseguren (2).»

Este cuidado de los Reyes por la conversion de los indios, no sólo se manifiesta en los primeros viajes de Colon, sino que es extensiva á todos los demás viajes; y á todos, absolutamente á todos los descubridores y conquistadores. En el título de capitán general y gobernador del Darien, expedido por el Rey Católico á Pedrarias Dávila desde Valladolid, á 27 de Julio de 1513, lo primero que le encarga es el cuidado en la conversion de los indios.

En la quinta de las instrucciones que acompañan á

(1) Véase toda esta instruccion en Fernandez Navarrete, «Viajes, etc.,» tomo II, pág. 77, segunda edicion.

(2) Ib., pág. 204.

este título, le encarga el Rey Católico que (1) «llegados allá con la buenaventura, lo primero que se ha de facer es poner nombre general á toda la tierra, á las cibdades, é villas, é lugares, y dar orden en las cosas concernientes al aumento de nuestra Santa Fé, é á la conversion de los indios, é á la buena orden del servicio de Dios, é aumento del culto divino (2).

Seria interminable nuestra tarea, si nos propusiésemos trasladar á este discurso las instrucciones perentorias y terminantes de los Reyes Católicos sobre la conversion de los indios; é imposible encerrar, no ya en los límites de nuestro discurso, sino de multitud de volúmenes, todo lo que los monarcas sucesivos ordenaron sobre el particular.

España dió á aquellos infelices lo que más estimaba, lo que la había hecho grande, aquello que por entónces la tenia al frente de todos los pueblos cultos. Y se lo dió por los medios suaves que esta nuestra Religion, toda caridad, dicta. Pudiéramos en esta parte citar tantos y tan incontestables testimonios, que seguramente llevarian el convencimiento á los más apasionados enemigos de nuestra dominacion en Amé-

(1) Nótese que ya la Reina Isabel habia por este tiempo pasado de esta vida, y que el Rey Católico obedecia únicamente á sus inspiraciones y obraba en virtud de sus cristianos sentimientos, interpretando á la vez los de su hija doña Juana, cuyo regente era. No se nos diga que las *contadas* medidas en favor de los indios se debieron exclusivamente á la Reina Católica.

(2) Fernandez Navarrete, tomo III, pág. 345.

rica, si la pasion dejase alguna vez ver claramente la verdad.

¿Se dirá que cuando nuestros conquistadores, agotados ya todos los medios de persuasion, obligaron á suprimir aquellos ritos y abominaciones de una raza degradada, aquellos sacrificios cruentos de víctimas humanas, violaron las leyes imprescriptibles de la libertad? ¿Habrà hombres de tan embotada sensibilidad que se atrevan á sostener que es más humanitaria la conducta de los ingleses, quienes consienten en la India las crueles fiestas del ídolo Jagrenat, y el suicidio en el sagrado Ganges de los decrepitos Brahmanes, y la quema de las infelices viudas; que la de Hernan Cortés conminando á los mejicanos si se reproducian las sangrientas hecatombes que todos los años llenaban de miles de cabezas humanas el templo principal de la capital del imperio de Motezuma?

Los efectos de los esfuerzos empleados por los españoles no fueron estériles. No habia trascurrido aún la primera centuria de nuestra dominacion en América, y ya aquel riquísimo Continente contaba con chancillerías, universidades, catedrales y otras instituciones civilizadoras, en tanto ó mayor número que la Península; además de haberse convertido ya casi todos los indígenas, y de estar tan identificados con nuestro modo de ser, que no les era menos cara que á nosotros la Monarquía y la Religión. Y tan hondamente arraigó en el corazon de los naturales el amor á la Religión y á la Monarquía, que todavía hoy, despues de las terribles convulsiones por que pasaron aquellos pueblos se con-

serva segun el testimonio de viajeros ilustres, entre los que principalmente se distinguen Mollien, la Perouse, Vancouvert y Humboldt.

En las instrucciones dadas por los Reyes Católicos á Colon, en 1493, y de las cuales ya en otro lugar hemos hecho mérito, decian al principio: «Y porque esto (la conversion de los indios á nuestra religion) mejor se pueda poner en obra, despues que en buena hora sea llegada allá la armada, procure é haga el dicho Almirante que todos los que en ella van, é los que más fueren en adelante, traten muy bien é amorosamente á los dichos indios, sin que los fagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros mucha conversacion é familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser pueda; é así mismo el dicho Almirante les dé algunas dádivas graciosamente de las cosas de mercaderías de sus Altezas, que lleva para el rescate, é los honre mucho; é si caso fuere que alguna ó algunas personas tratasen mal á los dichos indios en cualquiera manera que sea, el dicho Almirante, como visorey é gobernador de sus Altezas, lo castigue mucho por virtud de los poderes de sus Altezas que para ello lleva (1).» En carta mensajera de 4 de Agosto de 1493 al Almirante, los Reyes Católicos le dicen entre otras cosas: «En lo de los indios, en todo caso, por servicio nuestro que dejeis algunos dellos, y los dedes á D. Juan de Fonseca, porquel porná mucho recabdo en ellos y nos los enviará, que ellos serán tan bien tratados que habrán pla-

(1) Ib., tomo II, pág. 78.

cer de estar acá, como lo face este que acá quedó (1).»

En otra carta del 18 del mismo mes y año, en que encargan á Cristóbal Colon que apresure su salida, le dicen entre otras cosas: «Del indio que nos escribís que falleció, nos ha pesado mucho. Por servicio nuestro que en todo caso nos dejeis algunos, como el otro dia vos escribimos, que nos mandaremos que curen mucho de ellos (2).»

No siempre estas disposiciones producian los efectos que los Reyes Católicos se proponian, sucediendo con harta frecuencia hacerlos de peor condicion, que si realmente hubiesen sido los indios reducidos á la esclavitud. Por esta causa, entre los documentos oficiales se encuentra alguno que otro dictando medidas coercitivas para compelerles al trabajo, y vivir en poblaciones, y en la sociedad de la familia. De esta clase es la «provision mandado al comendador Ovando que compela á los indios á tratar con los cristianos, y á trabajar, pagándoles su jornal y mantenimiento, juntándose para ser doctrinados como personas libres y no como siervos (3).»

Todas cuantas medidas los Reyes Católicos dictaron en punto á la conversion de los indios al catolicismo y á su libertad y buen trato, están compendiadas en la siguiente notabilísima cláusula del testamento de doña Isabel, cláusula de que tambien hacen mérito Fr. Bar-

(1) Ib., pág. 102.

(2) Ib., pág. 110.

(3) Id., pág. 334.

tolomé de las Casas (1), Herrera (2) y D. Juan Solórzano Pereyra (3). «Ytem, por quanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede apostólica las islas y tierra firme del mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intencion fué al tiempo que lo suplicamos al papa Alejandro Sexto de buena memoria, que nos hizo la dicha concesion, de procurar, inducir y traer los pueblos de ellas, y los convertir á nuestra Santa Fé Católica, é imbiar á las dichas islas y tierra firme prelados, y religiosos, y clérigos, y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir los vecinos é moradores de ellas en la Fé Católica é los enseñar, é dotar de buenas costumbres, é poner en ello la diligencia debida, é segun más largamente en las letras de dicha concesion se contiene; por ende suplico al Rey mi señor muy afectuosamente, y encargo y mando á la dicha mi hija y al dicho príncipe, su marido, que así lo hagan y cumplan, é que este sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia: y no consientan ni den lugar, que los indios vecinos y sus moradores de las dichas islas y tierra firme, ganadas é por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes: más manden que sean bien y justamente tratados: y si algun agravio han recibido lo remedien y provean, por manera que no excedan cosa alguna de lo que por dicha concesion Nos es inyungido y mandado.»

(1) In replicat. ult. ad object. Sepulved. pág. 52.

(2) Década 1.^a, libro VII, cap. 12.

(3) «Política Indiana,» libro I, cap. 12, párrafo 15.

Heredó estos humanitarios sentimientos de los Católicos Reyes en favor de la conversión y libertad de los indios, su nieto el emperador Carlos V, que decía en una provision dada en Granada el 17 de Noviembre de 1527: «Otrosí, mandamos que despues de hecha é dada á entender la dicha amonestacion y requerimiento á los dichos indios, si vieredes que conviene y es necesario para servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro, y seguridad vuestra, y de los que adelante hobieren de vivir y morar en las dichas islas é tierra firme, de hacer algunas más fortalezas, ó casas fuertes, ó llanas para vuestras moradas, procurarán con mucha diligencia y cuidado de las hacer en las partes y lugares donde estén mejor, y se puedan conservar y perpetuar, procurando que se hagan con el menor daño y perjuicio que ser pueda, sin los herir ni matar por causa de las hacer en las partes y lugares donde estén mejor, y se puedan conservar, y perpetuar, y sin les tomar por fuerza su hacienda y sus bienes: antes mandamos que les hagan buen tratamiento é buenas obras, y les animen, y traten como á cristianos, y próximos: de manera que por ello é por exemplo de sus vidas de los religiosos é clérigos, é por su doctrina, predicacion é instruccion vengán en conocimiento de nuestra Fé, y en amor y gana de ser nuestros vasallos (1).

Cuando Hernan Cortés descubrió el imperio de Méjico, en las instrucciones que el Emperador le dió para el régimen de los países nuevamente conquistados, se

(1) Ley 1.^a, tit. IV, lib. IV de la Nueva Recopilacion.

le ordenaba «que sobre todo procurase el buen tratamiento y conversion de los indios, y que esta fuese por medios suaves y evangélicos, porque este era el mejor camino para atraerlos al conocimiento de la Santa Fé Católica, *que era el principal fin que se pretendia*, y más segura cosa convertir ciento por esta vía que cien mil por otra (1).

Véase, pues, á qué quedan reducidas todas las declamaciones de los extranjeros, señaladamente las del librero y *mercader* de estampas alemán Bry, contra las atrocidades, crueldad, sórdida avaricia y vil interés de los españoles en la conquista del Nuevo Mundo. Y nótese que quien daba estas determinaciones era un flamenco, que tal vez hubiera cometido todos esos desafue-ros de que calumniosamente se le acusa, si se hubiera dejado llevar por los consejos de los advenedizos flamencos y alemanes, de que en un principio estaba rodeado. Pero afortunadamente para la causa de los indios y de la humanidad y de las glorias de España, con rara sagacidad, dictada por la caridad católica, el obispo de Chiapa habíase ya apoderado del corazón del joven monarca, que no se resistió en lo más mínimo á cuantas medidas en favor de los indios quiso proponerle el famoso dominicano.

Nada perdieron los indios de las franquicias y libertades otorgadas por los Reyes Católicos y Carlos V, en el reinado de Felipe IV. Habiendo llegado á noticia de este mor arca que se infringian las leyes dadas repetida-

(1) Herrera, Décadas, año 1523.

mente acerca del buen trato de los indios, en cédula expedida en Lisboa á 27 de Mayo de 1587, reprende severamente al arzobispo de Lima, en los siguientes términos: «Y porque habiéndose proveido tan cumplidamente lo que ha parecido convenir al bien espiritual, temporal y conversion de los indios, teniendo tanto cuidado de procurar que fuesen doctrinados é instruidos en las cosas de nuestra Santa Fé Católica, mantenidos en justicia y amparados en su libertad como súbditos y vasallos nuestros; entendiamos que nuestros ministros cumplan lo que les teniamos ordenado: y de no haberlo hecho ni cumplido y llegado á estado de tanta miseria y trabajos, nos ha dolido como es razon. Y fuera justo que vos y vuestros antecesores, como buenos y cuidadosos pastores, hubiérades mirado por vuestras ovejas, solicitando el cumplimiento de lo que en su favor está proveido, ó dándonos aviso de los excesos que hubiese para que los mandasemos remediar, y se cumpliese nuestra voluntad, que es de que esos pobres gocen de descanso y quietud, y conozcan á Nuestro Señor, para que mediante su divina gracia y la predicacion del Santo Evangelio puedan salvarse...»

Felipe III atendió con la misma solicitud á la conversion, libertad y buen trato que debia darse á los indios. Por su orden se decia al Marqués de Montesclaros (1) en 1607: «Porque aunque en la instruccion de nuevos descubrimientos se previno todo lo necesario para que esto se haga por el orden que conviene y está

(1) Herrera, Década 3.^a, libro V, cap. 4.^o

determinado, entrando por medio de la doctrina y suavidad del Evangelio, sin ruido ni estrépito de armas...» En Diciembre de 1607 decia al mismo Marqués, para la pacificacion de los indios chiriguanaes, lo siguiente: «Item, ha parecido ordenaros, como lo hago, que si estos indios no son rebeldes ó enemigos de los vasallos mios, ó concurrieren en esta conquista otros de los títulos que lo puedan justificar, no se intente por fuerza de armas, sino por medio de religiosos y predicacion evangélica; ni se consientan Molacas en las provincias de indios que aun no se hubieren levantado, siendo vasallos mios. Y que si á estos tales quisieran los religiosos entrar á convertirlos, nolleven consigo soldados, aunque las instrucciones antiguas lo permitan; por haber mostrado la experiencia que los soldados no se contentan con atender á la defensa de los predicadores, sino que excediendo los límites de las instrucciones, hacen siempre grandes violencias y demasías á los naturales (1). Todavía el mismo monarca, tratándose de la entrada á la provincia de los indios Toxococies, prescribia en 17 de Marzo de 1619, al príncipe de Esquilache, lo siguiente: «Y pues el principal intento es la predicacion del Evangelio, y lo demás secundario, os encargo *con particulares veras é instancia* que procureis con buen consejo y medios á propósito proseguilla y fenecella, pues será obra de tanta estima..... Y sobre todo os encargo afectuosamente el *buen tratamiento de los indios y el rega-*

(1) Solórzano Pereira, «Política Indiana,» libro I, capítulo 42, par. 24.

lo y caricias con que es justo atraerlos, conservando la autoridad que conviene entre bárbaros, pues sabeis que la conquista de las voluntades es la victoria preciosa en el acatamiento de Dios, y la más acepta al bien público y á mi servicio... (1).

En la ley 23 de las Recopiladas, titulo X, libro sexto, Felipe IV ordenó de su propio puño y letra al Virey y Audiencia de Méjico, el año de 1628, lo siguiente: «Quiero me deis satisfaccion á Mi y al mundo del modo de tratar á esos mis vasallos; y de no hacerlo y de que en respuesta no vea yo executados exemplares castigos, en los que hubieren excedido en esta parte me dará por deservido. Y aseguraos, que aunque no lo remedieis lo tengo de remediar y mandaros hacer gran cargo de las más leves omisiones en esto, por ser contra Dios y contra Mi, y en total destruicion de esos Reinos, cuyos naturales estimo y quiero sean tratados como lo merecen vasallos que tanto sirven á la Monarquía y tanto la han engrandecido é ilustrado.»

Ultimamente, para concluir, por no ser interminables citando medidas del mismo tenor de estos y los sucesivos Monarcas hasta Fernando VII, la ley 21, titulo X, libro VI de la Nueva Recopilacion, ordena que sean castigados con mayor rigor los españoles que injuriaren, maltrataren ú ofendieren á los indios, que si los mismos delitos se cometiesen contra españoles, declarándose semejantes ofensas delitos públicos.

Tal fué la conducta observada por los españoles en

(1) *Ib.*, par. 22.

el Nuevo Mundo; tal la política de nuestros Monarcas; tal, en una palabra, el carácter especial de la conquista de América.

Y no es que desconozcamos que algunos particulares, y aún ciertos gobernadores y vireyes cometieron desmanes y atropellos dignos de la más severa reprobación. Lo sabemos y los deploramos: y si bien pudiéramos atenuar tan terribles cargos, no lo haremos. Desde Cristóbal Colón hasta Hernán Cortés, y desde Vasco Núñez de Balboa hasta Pizarro, todos tuvieron sus debilidades. Pero á parte de que con frecuencia eran provocados por el desagradecimiento, la falsía, la traición, la crueldad, ritos y sangrientas abominaciones á que los indios no querían renunciar, nótese que estos eran hechos aislados; éran la excepción de la conducta de aquellos guerreros ilustres, que muchas veces hacían mal á los indios, creyendo hacerles mucho bien. Y nótese, por último, que si esto sucedía alguna que otra vez, la reprobación de todo el pueblo español, las enérgicas representaciones de los misioneros, pesaban sobre los que se separaban de las suaves prescripciones de los monarcas, que sin contemplaciones de ningún género castigaban el más ligero desmán, por el cual caían en su perpétua desgracia los hombres que más favor habían alcanzado (1).

(1) La abundancia de documentos nos impiden insertarlos todos, ni siquiera los más importantes y que más cuadran á nuestro intento. Pueden consultarse á propósito de lo mucho que hicieron los monarcas españoles por la libertad de los in-

Hemos llegado al fin de nuestro discurso, que sin pretenderlo, fué tomando unas proporciones que estábamos muy lejos de sospechar al principio. El amor que profesamos á nuestra patria, y que hemos procurado que en manera alguna degenera en pasión, nos ha llevado á consultar la mayor parte de las obras que se han escrito sobre nuestra conquista de América así las que la aplauden como las que la vituperan, y los documentos oficiales que yacían ignorados en los archivos de Indias, de Simancas y de algunos particulares; y que con diligente ilustración procuraron sacar á la luz pública D. Juan Bautista Muñoz, D. Tomás Gonzalez, D. Martín Fernandez Navarrete y otros muchos hombres ilustres, amantes de las glorias de España. A medida que íbamos compulsando documentos, nos íbamos persuadiendo más de la importancia de la conquista de América por los españoles; y cuanto más leíamos nuestros primeros cronistas, más sorprendíamos la lucha y diversidad de opiniones entre los teólogos é historiadores acerca del carácter moral de los indios, habiéndonos podido convencer más y más de la injusticia con que escritores menguados han querido tacharnos de crueles

dios, las leyes 11, 13, 15, 21, 22, 23, 24, 25, 28, 29, 32, 33 del título 1.º, libro 6.º; la ley 21 del título 18; la 14, 15, 16 del título 19; la 30, 31 del título 25, libro 4.º, y casi todo el título 2.º, lib. 6; y la ley 4.ª, título 12, libro 8.º. Véase también Herrera en casi todas las páginas de sus inmortales Décadas, y consúltese la ya citada obra de D. Juan Solórzano Pereira. «Política Indiana.»

y avaros en la realizacion de uno de los hechos que constituyen una de las páginas más brillantes de nuestra historia.

S. Santamaría.

Madrid 10 de Setiembre de 1867.

